

El colapso de la democracia liberal y los orígenes del fascismo colonial en Argentina *

LEOPOLDO ALLUB

I. ALGUNOS ELEMENTOS SUPERESTRUCTURALES DE LA COYUNTURA DE 1930

1. *El "clima" de la época y su influencia sobre la conformación del pensamiento político de la derecha en la Argentina*

Entre 1890 y 1930, la política argentina está dividida a favor o en contra de la Unión Cívica Radical. En 1912 se aprueba la Ley Sáenz Peña, que sanciona el voto secreto y obligatorio, y el radicalismo, beneficiario directo de la reforma electoral, asciende a la presidencia en la persona de Hipólito Yrigoyen en 1916. El radicalismo gobierna ininterrumpidamente hasta 1930, momento en que un golpe militar, de inspiración fascista, quiebra el experimento democrático hasta nuestros días.

El ascenso del radicalismo al poder en 1916 coincide con el inicio de la primera guerra. Pero a diferencia de lo que ocurría en los países europeos, Argentina mantiene su neutralidad y abastece de materias primas y alimentos a los países beligerantes. De este modo, la inauguración de la democracia en Argentina coincide con un período de prosperidad económica que hace posible la formación de cierto consenso. Con la terminación de la guerra, las condiciones impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles fomentan el revanchismo alemán durante la República de Weimar. Por otra parte, el triunfo de la Revolución rusa, alerta a las clases dominantes europeas sobre el peligro de una "revolución roja" y, en algunos países, se piensa en la necesidad de sustituir a un sistema político que, como la democracia, habría dejado de funcionar. La denuncia

* Capítulo de un libro, de próxima aparición, titulado *Los Orígenes Sociales del Autoritarismo en América Latina*, México, CIIJ-Juan Pablos, 1980.

contra la democracia se efectúa con resultados diversos en cada país, que reaccionan de manera diferente al nuevo desafío antidemocrático merced a circunstancias específicas de sus desarrollos nacionales, y Argentina no es ajena a esos procesos.

El ascenso de los fascismos europeos después de 1920, tuvo, en efecto, honda repercusión en Argentina. En las primeras décadas del siglo XIX surge, primero con timidez y luego con un perfil vigoroso, un doble planteo político y cultural como respuesta a la "cuestión social" que hace su presentación en el país y que lleva, a quienes reflexionan sobre ella, a pensar en la existencia de una "crisis" de la personalidad argentina. Los protagonistas de las acciones colectivas, en huelgas, mítines, manifestaciones, etcétera, son extranjeros, como extranjeros son los ideólogos que dan organicidad al movimiento de la clase obrera. Esto es motivo de preocupación de las élites. ¿Qué iba a ocurrir con la tradición, se preguntan, abrumada por la presencia de los inmigrantes y sus hijos?

Así, por ejemplo, en los escritos de Manuel Gálvez, al igual que en los de José E. Rodó en Uruguay, y de Ricardo Rojas a principios de siglo, se señala la necesidad de que Argentina despierte de su inconsciencia cosmopolita, para "obligar a las gentes a que revivan el ideario envejecido de Sarmiento y Alberdi".¹ Manuel Gálvez, en sus obras *El diario de Gabriel Quiroga*, escrito en 1910, *El espíritu de aristocracia y otros ensayos* (1924), y en obras posteriores a la crisis del 30, pero que sin duda son una reflexión sedimentada en años anteriores, presenta los esbozos generales de lo que luego será el pensamiento de la extrema derecha. Los escritos de Gálvez constituyen una crítica contra el liberalismo positivista de los Padres Fundadores, Sarmiento y Alberdi, quienes pensaban que el atraso económico y social de los latinoamericanos era la principal razón de la ausencia de democracia que ellos llamaban "la barbarie". Para Gálvez y otros autores a quienes se podría adherir a la corriente del romanticismo idealista, el país debería experimentar un renacimiento espiritual y recobrar su espiritualismo, extraviado en pos de un materialismo y de un utilitarismo ficticios. El patriotismo, sostenían, era un sentimiento irracional y profundo, que sólo existía en los pueblos poseedores de una auténtica conciencia nacional nacida al calor del suelo, la raza y la cultura.

Las culturas, dice Gabriel Quiroga (seudónimo utilizado por Manuel Gálvez), se reflejan en las ciudades que crean; son la expresión de la vida social e individual de los pueblos. Le disgusta el materialismo repugnante de Buenos Aires y su cosmopolitismo, la búsqueda de ascenso social y el deseo de "llegar a ser alguien" del inmigrante, que harían de Argentina

¹ Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1971, la primera edición es de 1909 y en ese libro Rojas habla de la necesidad de corregir este espíritu materialista mediante la educación humanista, particularmente la historia y la literatura nacionales. El libro de Manuel Gálvez, *El solar de la raza*, Buenos Aires, Poblet, 1943, fuertemente hispanista y católico, y similar al de Rojas, está dirigido principalmente a atacar los supuestos filosóficos del positivismo científico de José Ingenieros.

un país civilizado, pero no culto. Este escritor, aunque rescata de Sarmiento la versión de que el ambiente es determinante en la configuración del carácter nacional, no obstante, veía en la tradición positivista el origen de los males argentinos y, por consiguiente, piensa que el alma argentina había tomado refugio en las provincias.

En *El solar de la raza*, escrito en 1913, Gálvez define su posición hispanófila, que defiende casi a contrapunto del pensamiento de Alberdi y de Sarmiento y sus herederos, los positivistas de su época y precursores del socialismo como José Ingenieros. La posición prohispanica y antisajona, que será en adelante la característica del pensamiento de la derecha argentina, que criticaba las instituciones liberales y democráticas, se perfila con claridad en el pensamiento de Gálvez. La idea de que los españoles son avaros, indolentes y crueles, dice Gálvez, se debe a la leyenda protestante. Los españoles habrían engendrado el pueblo más heroico, caballeresco y espiritual de la tierra. En su discurso ideológico, se pronuncia por la lucha en el frente cultural, a través de una guerra sin cuartel en las universidades, la prensa, los libros, etcétera. Usando el prejuicio hispano-criollo con un ariete antisajón, y el prejuicio precapitalista y adscriptivo, con un sentido anticapitalista y antiliberal, critica a los "nuevos ricos" y "burgueses".² En *El espíritu de aristocracia*, libro escrito bajo la presidencia de Alvear, con reminiscencias del *Ariel* de Rodó, Gálvez sostiene la incompatibilidad entre la aristocracia y la democracia. En su opinión, ser aristócrata es, más que ser intelectualmente superior, poseer cualidades "innatas" (?) que sólo pueden ser el producto de la historia y de la tradición, sosteniendo sin ambages el derecho a gobernar por nacimiento. Años después, a lo largo de estas líneas, el nacionalista Carlos Ibarguren, acerbo enemigo de la Unión Cívica Radical, emite sin embargo juicios relativamente benignos de la administración Radical de Marcelo T. de Alvear, justificando el hecho en que el expresidente mostraba en su persona "su nobleza caballeresca (que acusaba su) aristocracia espiritual, y la dignidad que irradiaba su persona y sus actitudes hidalgas".³ Gálvez también ve el origen de la crisis contemporánea en la pornografía, en el carácter utilitario de la enseñanza y en la ausencia de una orientación humanista en los estudios.

En el periodo inmediatamente posterior a la primera guerra mundial, con el triunfo de la Revolución rusa, las agitaciones obreras producto de

² Como se ve, Gálvez muestra el componente *anticapitalista y rural* que es típico de la ideología nazi. Esta tradición la continúa años después el grupo fascista *La Nueva República*, que rodea al dictador Uriburu.

³ Carlos Bunge, coetáneo, también declaraba utópico al igualitarismo, siguiendo los postulados del darwinismo social. Para este autor, progresar era "aristocratizarse": es decir, perfeccionarse respecto a otros hombres y pueblos para cimentar en una superioridad real, el principio de mando, de poder y de desigualdad que constituyen la intransmutable substancia de todo derecho práctico y eficiente. Bunge también fue participante del golpe de 1930. Ver Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 337; Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio, 1977, p. 465.

la depresión de posguerra, que estallan en los talleres de Vasena y que se extienden por toda la capital durante la llamada "Semana Trágica", aparecen a las clases dominantes como la inminencia de una revolución proletaria. En este periodo, se forman las primeras organizaciones paramilitares en Argentina, como la *Liga Patriótica*, dirigida por Manuel Carlés (radical). Más tarde se crearían otras organizaciones de extrema derecha con propósitos parecidos. Estas movilizaciones de la clase obrera enfrentan por primera vez al Ejército, que las reprime con inusitada violencia, con la llamada "cuestión social". Así pues, el Ejército, antes de poseer una ideología estructurada para saber qué es lo que quería, tenía, a partir de estas experiencias, idea clara acerca de qué cosas "no quería": no quería saber nada con anarquistas y comunistas; desconfiaba de los socialistas por su prédica cosmopolita, su antimilitarismo y anticlericalismo, y por su posición de clase y formación, se alineaba junto a la derecha.

Los episodios de la "Semana Trágica" en Buenos Aires, y las represiones en la Patagonia, provocan en Leopoldo Lugones, poeta e intelectual cordobés radicado en Buenos Aires que posteriormente sería uno de los mentores intelectuales del cabecilla del golpe, el general Uriburu, actitudes de repudio y su viraje hacia una posición de extrema derecha militante, que materializaría en libros, conferencias y artículos. Para Lugones, la salida hacia el autoritarismo se hacía, a partir de estos fenómenos (y también a partir de la desilusión que le provoca el comienzo de un nuevo rearme luego de la primera guerra mundial), inevitable.⁴

Su viaje a Europa en 1921 le permitió ver de cerca el fascismo triunfante en esos años, que motivó las cuatro conferencias que pronunció en 1923 en el Teatro Coliseo, bajo los auspicios de la Liga Patriótica Argentina y el Círculo Tradición Argentina. Estas conferencias formaron un folleto con el título de *Acción* (1923), cuyo tema principal se refería al "patriotismo", o sea la exaltación del sentimiento de amor y de respeto a la patria, sentimiento amenazado por el peligro de una desintegración que en su opinión, surgía, por un lado, de la "falta de potencialidad militar efectiva" y, por el otro, de la "acción subversiva de conspiradores extranjeros de ideas izquierdistas".

Si antes había condenado la "paz armada", ahora reclamaba una eficiente fuerza militar en pie de guerra, y si en una época soñó con el desarme y el pacifismo, los acontecimientos lo habían puesto ante el "final trágico de una grande ilusión".

La defensa de la patria inermes, sostenía Lugones, debía estar acompañada por la expulsión de aquellos inmigrantes extranjeros no asimilados al país que actuaban como agitadores extremistas. Su alarma estaba motivada por las huelgas revolucionarias gestadas por el movimiento obrero.

⁴ Enrique Zuleta Alvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Bastilla, 1975, pp. 123-164.

Se trataba de proteger a la Argentina de las amenazas del comunismo que comenzaba a extenderse:

Es que se trata de una consigna, tendiente a realizar el programa del maximalismo ruso y sus adherentes más o menos encubiertos: la declaración de huelgas con o sin motivo, a título de "gimnasia revolucionaria", para engendrar la guerra civil que será el instrumento de la revolución social. Programa enunciado con alarde por los corifeos de Rusia y de todo el mundo.⁵

El año 1924 es clave para determinar el viraje definitivo de Lugones hacia un nacionalismo autoritario, antidemocrático y militarista. En sus artículos de *La Nación* apuraba la crítica de las ilusiones progresistas y democráticas:

Cuando la democracia afirma su perfectibilidad transfórmase en dogma. *Credo guía absurdum.*

Sólo contamos con recopilaciones de fenómenos ya pasados.

Sólo podemos hablar de "suma posibilidad". Cuando la democracia afirma que en el mañana no fracasará, arbitra sobre el azar como la teología sobre Dios.

El finalismo progresista perdía así todo su valor, porque nos faltaban meta y dirección para saber si hay desplazamiento en la evolución humana. La historia humana se desarrolla excéntrica a la pretendida "ley de progreso" que describía el desplazamiento de nuestra especie hacia una meta que políticamente sería la democracia. Gobernar debe ser una acción empírica de presente: lo que más podemos saber no es adónde vamos, sino cómo vamos,⁶

En este momento, pues, adquiriría consistencia y razón su "crítica" a la democracia progresista, tema que continuó desarrollando en artículos publicados en el mismo diario durante ese año, con el objeto de ofrecer una explicación amplia y fundada de las actitudes nuevas que asumía.

Como ideólogo político, lo que conmovió al mundo hispanoamericano fue su actuación el 17 de diciembre de 1924 en ocasión de asistir, en Lima, como delegado del gobierno argentino, a la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho y a la inauguración de una estatua de Sucre.

El famoso discurso de Lugones en Lima —a quien el dirigente de la Reforma Universitaria, Deodoro Roca, llamaba "león de alfombra"— levantó una ola de críticas por parte de la izquierda y del elemento democrático. En dicha ocasión, afirmó que, contra el pacifismo que debilitaba a los pueblos, el colectivismo que anulaba la libertad, y la democracia que llevaba a la demagogia y al socialismo, había que propugnar el imperio de la fuerza, núcleo esencial de la vida.

Navegando en las aguas de un darwinismo social que desconocía, Lugones definía en el plano político a la fuerza como *autoridad*, como reco-

⁵ *Ibid.*, p. 370, citado en Zuleta A., p. 125.

⁶ Citado en Zuleta A., p. 125.

nocimiento de un mundo que implicaba *jerarquía* y *orden*; es decir, una organización social que asumiera la realidad de una aristocracia, de la que, por supuesto, Lugones se sentía parte. Para él, la única institución capaz de mantener estos valores era el Ejército que, según su opinión, se había mantenido al margen de la corrupción igualitaria y democrática. Ante la decadencia de la democracia liberal, sólo el militarismo le parecía ofrecer una posibilidad de defensa de los valores esenciales. Y como un anticipo terrible de lo que vendría expresó:

Ha sonado otra vez para bien del mundo, la hora de la espada.⁷

Entre 1925 y 1930 Lugones expuso sus ideas acerca de un nacionalismo autoritario y militarista en artículos y conferencias, coetáneas de una actividad práctica que lo llevó a intimar cada vez más con grupos de oficiales del Ejército argentino, quienes hallaban en aquél un admirador ferviente y un teórico encendido en sus ansias de justificar las pretensiones políticas de los militares. Lugones fue, sin duda, el precursor de la *Doctrina de la Seguridad Nacional*, el primero en sentar como tesis única y excluyente que el nacionalismo sólo podía ser realizado por medio de un golpe de estado militar que entregara al Ejército la conducción de la política argentina.

Sus críticas al sistema político y a la representación que invocaban los partidos, los cuales, "sin energía ni patriotismo, sólo buscaban el favor electoral de las masas ignorantes", se encarnizaban con el radicalismo que, según Lugones, era el exponente cabal del liberalismo democrático, de ese régimen que quería reemplazar sin que formulara otro programa positivo que el de una dictadura militar y un sistema representativo que reflejara la "democracia social" argentina.⁸

El militarismo de Lugones estaba acompañado por un autoritarismo influido por el ejemplo del fascismo de Benito Mussolini que, como a muchos de sus coetáneos en la Argentina y en Europa, le había afirmado en la creencia de que sólo se saldría de la crisis por medio de la dictadura.⁹

La ofensiva constante que desde el romanticismo idealista se efectúa contra los valores del liberalismo positivista, sobre cuyas bases se ha edificado el sistema democrático argentino, refleja entonces no sólo una crisis espiritual de dimensiones internacionales, sino que obedece a peculiaridades del país, en donde el componente inmigratorio es importante en la configuración de su personalidad social.

Al calor de las corrientes de la época, hacia las postrimerías del gobierno de Alvear (1922-1928), hace su aparición el periódico de extrema derecha *La Nueva República*, en forma consciente con actividades dentro del ejército, tendientes a suprimir la posibilidad de un retorno de Yrigoyen a una

⁷ "El Discurso de Ayacucho" en *La patria fuerte*, Buenos Aires, Biblioteca del Círculo Militar, 1930, p. 17.

⁸ Zuleta, *Ibidem*.

⁹ *Ibidem*.

segunda presidencia.¹⁰ Dice F. Ibaguren en su libro *Orígenes del Nacionalismo Argentino*:

Éramos en verdad muy pocos en número cuando *La Nueva República* empezó con certeros impactos al corazón del ya deteriorado “régimen”, su guerra ideológica contra la democracia individualista. Un pequeño grupo de ciudadanos “suicidas” (*sic*), alentados desde 1927 por los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta (jóvenes entrerrianos de formación clásica, admiradores de Burke y de Rivarol); por el talentoso y rebelde literato “orteguiano” Ernesto Palacio (filósofo, poeta, historiador y gran prosista); por el doctor Juan E. Carulla (muy dado a leer obras de Maistre y Charles Maurras); por César E. Pico (discípulo de Santo Tomás de Aquino y del lapidario Donoso Cortés); y por el inolvidable adalid y amigo —en esos fervientes años de lucha cívica en las calles porteñas— Roberto de Laferrere [...] Sin contar la enorme influencia que sobre nuestras mentes y voluntades vírgenes —no plasmadas del todo por el laicismo escolar de 84— tuvo, a la sazón, Leopoldo Lugones: tan platónico en su ética republicana (luego de abandonar el anarquismo fue espartano en la manera de organizar militarmente el Estado-Nación) cuanto antiizquierdista empecinado y agresivo en política.¹¹

La crítica a las instituciones democráticas se concentra especialmente en la Constitución liberal de 1853 y en la Ley Sáenz Peña, que sanciona el voto secreto, obligatorio, de argentinos varones, estableciendo la representación parlamentaria por mayoría y minoría entre los dos partidos más votados, dejando al resto de los partidos sin representación. Podía suceder que, con un pequeño número de votos, un partido llevara todos los cargos de un distrito, a pesar de que varias minorías agrupadas pudiesen tener una mayoría real de votos, lo cual quitaba considerable peso representativo a las minorías extremistas. Por ello, la extrema derecha de *La Nueva República* expresaba un profundo desprecio por el sistema electoral existente:

Nunca hemos tenido tan intensamente los redactores de *La Nueva República* —dicen el gozo de no padecer—, la superstición de las mayorías, como ante este espectáculo lamentable de declinación intelectual. Entre los alaridos de la horda triunfante que se aprestaba al saqueo y la confusión y el desbande de los opositores, fuimos el único reducto de lucidez que permaneció de pie. Nosotros sabíamos y explicábamos las causas a que había obedecido el triunfo del señor Yrigoyen. Denunciábamos el sistema democrático como un régimen absurdo, porque abandonaba la suerte del país a las fructuaciones sentimentales de la multitud y favorecía así el éxito de los demagogos, adiestrados en la explotación de

¹⁰ Se trata de la *Logia San Martín*, fundada por el coronel Luis J. García, antes del ascenso de Alvear al poder en 1922 y que se oponía al presidente. Esta Logia controlaba las posiciones más importantes del ejército e incluso parece haber intentado un golpe preventivo para impedir el ascenso de Yrigoyen a la segunda presidencia en 1928.

¹¹ Federico Ibaguren, *Los orígenes del nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Celcius, 1969, p. 12.

esos sentimientos primarios. En el triunfo del señor Yrigoyen veíamos, por consiguiente, algo muy distinto de lo que veían los radicales y de lo que veían los mismos opositores a pesar suyo. Lo que para éstos significaba un argumento a favor del señor Yrigoyen, para nosotros, en cambio, significaba un nuevo argumento contra el sufragio universal.¹²

La situación alemana, luego de la primera guerra mundial, y el ascenso del movimiento obrero durante la República de Weimar, lleva a una continua polarización que provoca pavor en las clases dominantes alemanas, cuyos efectos se hacen sentir en la colonia alemana radicada en Argentina y en sus élites. Esta se divide a lo largo de líneas republicana, y monarquista —cara a la derecha local, admiradora de Charles Maurras— debido a que la colonia alemana se amplía con los nuevos emigrados, algunos eminentes, como el exembajador alemán von dem Bussche-Haddenhausen, casado con Eleonora Martínez de Hoz, y otros no tan eminentes, aunque sí vinculados a los servicios policiales del Kaiser. Estos elementos, de la extrema derecha, van a encontrar protección de “criollos” derechistas notorios, como el exdecano de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, doctor Juan P. Ramos, posteriormente director general de inmigraciones, y el general Uriburu, que apoyó a los alemanes durante la primera guerra. Como inspector general del Ejército, Uriburu otorga posiciones como asesores a importantes generales alemanes, como Faupel, von Luecken, Kretzschmar, von Colditz, Perrinet von Thauvenay, etcétera. Von Faupel, por ejemplo, será posteriormente el enviado especial de Hitler a la España de Franco durante la Guerra Civil. En cuanto a las formaciones policiales, la contribución de exoficiales alemanes fue también importante. En 1921, la Asociación para la Protección de Inmigrantes Alemanes coloca 75 inmigrantes como policías. Durante todo el período anterior al golpe de 1930, la circulación de eminencias alemanas de extrema derecha (y con pocas excepciones de izquierda, que son oportunamente neutralizadas por el director de inmigración), es muy importante. Se trata de monarquistas que habían tenido intervención durante la guerra y sentían una profunda aversión por la democracia, como por ejemplo la princesa Cecile de Hohenzollern y sus hermanos Friedrich y Louis Ferdinand, éste último que destaca en la manifestación de automóviles que acompaña el paseo triunfal del dictador Uriburu hacia la Casa de Gobierno el 6 de septiembre de 1930, o de industriales como Fritz Von Thyssen, Peter Klockner, o el excanciller reaccionario Hanz Luther, fundador del partido Nacional-Racista Alemán, que cuenta con el apoyo de la extrema derecha local.

En síntesis, la crisis de 1930 encuentra en Argentina un pensamiento antidemocrático sumamente elaborado y difundido entre ciertos núcleos estratégicos de la aristocracia cuya programática podría resumirse así:

1] Antiliberal, antimasonico y anticomunista. Percibe que la democracia hace posible el triunfo final del comunismo.

¹² Ernesto Palacio, “Recapitulación”, en *La Nueva República*, 18/6/1930. Se refiere a las elecciones que llevaron a Yrigoyen a la segunda presidencia en 1928.

- 2] Sentido heroico de la vida. Se desprecia el impulso adquisitivo. No se dice que "hacer dinero" sea "malo", sino que se lo rechaza como objetivo final en este mundo. Este sentido "heroico" de la vida adquiere el "clímax" en situaciones de extrema adversidad, *v.gr.* la guerra. Los argentinos deben adquirir este sentido, en una guerra sin cuartel contra el "comunismo apátrida".
- 3] Es necesario restablecer el orden, la disciplina, las jerarquías. Un país sin jerarquías es un pueblo sin autoridad.
- 4] La política y los políticos son el peor mal de la Argentina, y la democracia el sistema más ineficiente para permitir cualquier avance.
- 5] Cualquier programa de reforma moral debe ser llevado a cabo mediante una autoridad fuerte; es decir, una dictadura militar que establezca una fuerte censura contra la pornografía (Gálvez), las ideologías "disolventes", etcétera, para salvar la familia y los valores cristianos. El comunismo es el mayor mal de nuestros tiempos y hay que suprimirlo con la violencia. (El comunismo es una cuestión de policía.)
- 6] Somos herederos de la tradición española, católica, jerárquica, y estos valores hay que conservarlos pues son parte del patrimonio cultural argentino. El liberalismo es un cuerpo "extraño", impuesto por el imperialismo anglosajón, y hay que erradicarlo.

2. *La percepción del radicalismo por sus opositores*

Es importante señalar que este "clima" antidemocrático *precede* al golpe de 1930, se refueza por los acontecimientos de "crisis" a nivel mundial, y continúa desarrollándose con posterioridad como resultado directo de él. Como veremos más adelante, merced al carácter "periférico" de su desarrollo capitalista, la "superestructura" argentina adquiere rasgos peculiares: las ideologías que expresan el conflicto no se ordenan principalmente en torno a intereses de clase, sino de *fracciones* de clase, y no se manifiestan a nivel de las relaciones de producción, sino en las de dominación —subordinación—. Este desfase, particularmente notorio en el caso del radicalismo, se explica por el carácter ambiguo de la inserción en el proceso productivo de su base social: la pequeña burguesía, capa cuya existencia está condicionada, en última instancia, por el éxito del modelo "agro-export". Esta situación se traduce también en una ambigüedad ideológica: El radicalismo no expresa una ideología "clásica" sino *popular democrática*.

Este desfase se plantea también en el discurso ideológico de las fuerzas sociales contrarias al radicalismo. En primer término, existe una distancia entre el proyecto político de los Padres Fundadores —cuyos herederos políticos son la llamada "oligarquía liberal"— y la base social y económica

que le daba su sustento real. En efecto, como sociedad, Argentina es la resultante, de un proyecto deliberado de desarrollo capitalista. Sarmiento, Alberdi, la *Generación del Ochenta*, etcétera, pensaban que a través de la educación, la inmigración y las inversiones extranjeras, se sentarían las bases para el establecimiento de una "clásica" democracia liberal, de tipo anglosajón. Esta idea es también compartida por los partidos políticos con un mayor aporte de inmigrantes extranjeros, como el Socialista y el Demócrata Progresista, mismos que ven a la acción política como la contrapartida, en el campo político, de la racionalidad del *homo economicus* de Adam Smith. Para ellos, el ciudadano debía comportarse como si se tratara del consumidor en el modelo de la competencia perfecta. Desde esta perspectiva pensaban que, para asegurar decisiones correctas en el proceso democrático, se debía "educar al soberano"; convertirlo en "ciudadano". En otras palabras, ayudar a que, mediante la educación, superara su condición de "súbdito" manipulable por caudillos demagogos. Sólo un cuerpo político compuesto por ciudadanos podría asegurar el funcionamiento de una democracia efectiva. Por consiguiente, tendían a ver como "irracional" la actuación de la Unión Cívica Radical, cuya unidad y cohesión, como fuerza política, estaban basados no en el interés económico individual, sino en la amistad, el prestigio, la simpatía y agradecimientos a un "caudillo".¹³ En el extremo de este subjetivismo a ultranza, llegan a negar al radicalismo el carácter de partido político.

En segundo término, hay también un desfase específico en el caso de los socialistas y comunistas, resultante del hecho de que sus bases sociales no son *nacionales*, ni en sentido territorial ni cultural. Se trata de partidos formados por extranjeros con base en los centros urbanos más desarrollados de la pampa húmeda. Estos partidos carecían, en la interpretación de los procesos sociales, de un aparato teórico apropiado para superar el reduccionismo clasista que predominaba entonces en la Segunda y Tercera Internacionales. Cuando los socialistas trataban de caracterizar al radicalismo argumentaban, simple y llanamente, que no era un partido, pues carecía de programa político y se aglutinaba atraído por el magnetismo que ejercía sobre las masas un caudillo demagogo (Yrigoyen). Como resultado de estas limitaciones conceptuales se mostraban ineficaces para ampliar sus bases sociales, incorporando en su discurso ideológico las demandas *popular-democráticas*; que de una manera increíblemente efectiva utilizaban a su favor los radicales. Usando argumentos economicistas, lo vinculaban con la estructura de clases precapitalista y, adjetivando su discurso, lo definían como:

¹³ Ver por ejemplo las observaciones de Carlos Cossío, *La revolución del seis de septiembre*, Buenos Aires, La Facultad, 1933. Carlos Pelegrini, el representante más lúcido de la oligarquía, veía en la venta del voto un progreso en la conciencia prepolítica (tradicional) de los nuevos votantes, lo cual era compatible con su concepción "económico-liberal" de la democracia, y sostenía también que el radicalismo no era un partido sino "un temperamento".

Una de las tantas facciones de la política criolla, reaccionaria como todas ellas, expresiones del atraso argentino.

Al respecto, es interesante la opinión del dirigente Ernesto Guiúdice:

La "Causa" (se refiere a la forma con que se autodesignaban los radicales-chic), aparecida en nuestro país en un momento cuando no existían organizaciones políticas de arrastre o comprensión por parte del pueblo, porque eran poco fuertes aún, como sucedía con el socialismo, sólo obedecía al propósito inmediato de derribar al "Régimen" (se refiere a la oligarquía gobernante, tal como era definida, en su confrontación, por los radicales-chic). No tenía perspectivas inmediatas, es decir, no estaba preparada para gobernar al país. En una palabra, carecía de ideas y programas concretos; no los tendría tampoco más adelante. El radicalismo desde 1916 no se presentó jamás sosteniendo un programa ante el electorado; reclamaba el poder por el poder mismo [...] llegado al poder, convirtiéndose en una fuerza considerabilísima. Pero no se organiza jamás como partido en la forma en que concebimos a los partidos políticos.¹⁴

En otras palabras, si la realidad superaba a la elucubración, peor para la realidad. Sin embargo, aunque sin mayor elaboración, el dirigente socialista Mario Bravo sugirió pistas interesantes que, no obstante, no se tradujeron en tácticas políticas efectivas. Cuando se refería al radicalismo, sostenía que se trataba del partido por quien votaba todo el mundo, subrayando su carácter "popular". En cuanto a sus aspectos político-ideológicos, el radicalismo expresaba, para Bravo, las diferencias "entre la clase terrateniente que está en el gobierno, contra la que no lo está".

Y, efectivamente, en su discurso ideológico el radicalismo insiste que *no es un partido*, sino un *movimiento heredero de las tradiciones nacionales*, y que no representa a una *clase*, sino al *pueblo*. Los radicales no cuestionan —como se discutirá en detalle en los siguientes párrafos— los presupuestos del modelo de desarrollo capitalista "agro-export", porque su liderazgo está constituido por una fracción de la clase terrateniente que no está integrada al bloque dominante, como sostenía Mario Bravo, que trata de introducirse en el centro del poder articulando las demandas de amplias capas de la población que configuraban *el pueblo*. Este "pueblo", por razones estructurales que se explicarán más adelante, no planteaba su conflicto contra el bloque dominante en términos de una relación de "explotación" sino de dominación, y su discurso ideológico asumía un carácter *popular democrático* porque no existía otro camino, ni para la fracción terrateniente que se oponía a la oligarquía, ni para la pequeña burguesía que secundaba a este proyecto, para confrontar exitosamente al bloque de poder. Desde esta perspectiva, la Unión Cívica Radical debe ser entendida como un *populismo de las clases dominantes*. *Populista*, porque su base social está constituida por "el pueblo", que sitúa el eje de la contracción y su discurso ideológico no a nivel del *modo de producción*

¹⁴ Ernesto Guiúdice, *Ha muerto el dictador pero no la dictadura*, Buenos Aires, 1933.

sino de la *forma de Estado* que, al igual que a su liderazgo, lo subordina.¹⁵ Y de las *clases dominantes*, porque la hegemonía de esta coalición no resta en alguna capa subordinada, sino en una fracción de la clase que, sin embargo, subordinaba y explotaba a otras en las *relaciones de producción*.

Todas esas circunstancias, amén del fracaso de los socialistas de los años 20 y 30 para crear una amplia base social enraizando su discurso ideológico en las tradiciones de lucha de las clases populares nacionales, contribuyeron a hacer que la derecha galvanizara a su favor las consecuencias de la crisis de 1930.

3. La "norma" del intervencionismo militar

Sin duda que, a los ojos de cualquier observador, la intervención de la fuerza armada en la sociedad civil es la expresión más descarnada del ejercicio de la violencia institucionalizada. Sin embargo, era "normal" que el ejército interviniera en la vida política del país. La formación de logias y los "pronunciamientos" datan desde temprano y son una tradición heredada del ejército español, incorporado por los militares patriotas formados en España al tiempo de la Independencia. A pesar de la enorme influencia que el modelo del Ejército prusiano ejerció posteriormente sobre el argentino, la oficialidad "criolla" no era el equivalente de los terratenientes del Este del Elba, los "Junkers". Esta clase de propietarios militarizados que administraba personalmente sus propiedades y explotaba feudalmente a sus campesinos, y que con su estilo formalista y autoritario dominaba la burocracia civil y militar de Alemania, no existe en Argentina cuyo Ejército, más similar al español, está integrado, a nivel de su cuerpo de oficiales, por las capas medias y aristocracias de provincia. El Ejército argentino no era una institución preparada para ninguna guerra externa, pues la última termina en la segunda mitad del siglo XIX y no hay amenazas visibles de una confrontación, siquiera remota, con país alguno. Satisface las aspiraciones económicas y de prestigio social de las capas medias, lo que se muestra, entre otras cosas, por las innumerables quejas que plantean los

¹⁵ Es sintomático que, cuando el populismo derriba al bloque dominante, destaque sus rasgos chauvinistas, racistas, etcétera. La actuación de los hermanos Carlés, durante los acontecimientos de la Semana Trágica, son ilustrativos al respecto. La corrupción, otra característica que se imputa al populismo, está presente permanentemente en el discurso de denuncia de la oposición al radicalismo en el poder que acusa a los radicales de favoritismo en la promoción y ascensos de las fuerzas armadas, en la burocracia, etcétera. También es sintomático el hecho de que el fracaso de la izquierda para asimilar estas demandas populares democráticas, que capitalizaba a su favor el radicalismo, hizo posible que, como se verá más adelante, la derecha las usara precisamente para derribar al radicalismo. Un ejemplo de *populismo de las clases dominadas*, sería el caso de una coalición entre la pequeña burguesía y el proletariado. v.gr. el caso Partido Comunista Chino de la década de los 20.

oficiales alemanes asesores sobre la extraordinaria proporción de generales sin tropas en el Ejército argentino, crítica que es contestada por los militares con racionalizaciones y argumentos "nacionalistas".¹⁶ Sin embargo, aunque el Ejército responde a los intereses de las capas medias, sus estratos más elevados están vinculados social, ideológica, y en algunos casos económicamente con las clases altas terratenientes, sobre todo a partir de la Organización Nacional (cuando se lo usa intensamente para reprimir a los gobiernos provinciales), durante y después de la Campaña del Desierto (cuando se reparten tierras a los oficiales en pago a sueldos atrasados) y luego, cuando se producen los primeros enfrentamientos con la llamada "cuestión social", durante los episodios de "La Patagonia Rebelde" y la "Semana Trágica". Interviene siempre en las luchas políticas apoyando a uno u otro sector civil en disputa, no obstante las provisiones constitucionales, y contribuye directa e indirectamente al ascenso y caída del radicalismo. Lo hace en las revoluciones de 1890, 1893 y 1905. Y, por supuesto, en la de 1930. Para citar algunos ejemplos, el padre del general Reynolds, director del Colegio Militar que tan activa participación tuviera en el golpe del 6 de septiembre de 1930, que derroca al gobierno constitucional de Yrigoyen, había también participado como defensor del gobierno de Juárez Celman en la revolución del 90. El jefe de la revolución del 30, general Uriburu, había participado como militar alzado, ya desde joven con el grado de subteniente, en la misma revolución.¹⁷ Estos elementos, de socialización temprana, tienen una influencia reforzadora de las condiciones estructurales que se continúan hasta nuestros días.¹⁸

¹⁶ Ronald Newton, *Germán Buenos Aires: 1900-1933, Social Change and Cultural Crisis*, Austin, The University of Texas Press, 1977; Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth*, London, Cambridge University Press, 1965.

¹⁷ El general San Martín, por ejemplo, que en la historia argentina es presentado como el símbolo del apego militar a la constitucionalidad, es el cerebro y ejecutor del primer golpe de estado que el 8 de octubre de 1812 depone al Primer Triunvirato. Esto lo hace en su carácter de presidente de la primera Logia Militar con propósitos conspiradores que él introduce en Argentina: La famosa Logia Lautaro. Con posterioridad, y luego de su propio ascenso, propone el del teniente coronel Carlos M. de Alvear al rango de coronel, propuesta que el nuevo gobierno acepta. Menciono un hecho, no lo justifico o denigro. Después de todo el Libertador era apenas un hombre que, a pesar de sus comprensibles errores, tenía infinitas cualidades que imitar, y ello bastaría, con creces, para ponerlo como ejemplo. La modalidad de formar logias era prevalente en España, lugar donde se educó el Libertador argentino. La primera logia fue introducida en España por el Duque de Wharton en 1728, desde Inglaterra, y creció bajo los Borbones. Esta era la Logia del Gran Oriente, de orientación liberal. Durante las guerras napoleónicas, el Gran Oriente de España tuvo amplia difusión dentro del Ejército español. Desde 1810 hasta fines de siglo, Brenan sostiene que la mayoría de los *pronunciamientos* militares españoles tuvieron su origen en logias militares. Ver Brenan, *ibid*, pp. 206-207.

¹⁸ Es fácil reconocer entre los cabecillas y golpistas de 1930 a varios líderes de golpes posteriores: 1943, 1952, 1955, etcétera. Por ejemplo, del Estado Mayor del general Uriburu, al teniente coronel Alvaro Alzogaray, a los capitanes Juan D.

II. ANÁLISIS DE LA CORRELACIÓN DE FUERZAS

Para comprender la forma en que las fuerzas sociales se expresan en las postrimerías del segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen (1928-1930), que culmina con el golpe de estado del seis de septiembre de 1930, provocando el colapso de la democracia en Argentina, es conveniente recapitular el análisis del impacto de las características del desarrollo agropecuario sobre la estructura de clases, y las relaciones establecidas con el sistema político, a través de los partidos y tendencias.

En ocasión anterior, habíamos mostrado que el desarrollo de la agricultura argentina, a diferencia de las economías basadas en una abundante oferta de fuerza de trabajo y con una presión campesina sobre la propiedad de la tierra, se fundamentó en una combinación capitalista de los factores de la producción. Que la aplicación de capital, tecnología y empresariado extranjeros, unidos a la fertilidad natural de la planicie pampeana, contribuyó al enorme crecimiento de la economía argentina. Hemos discutido cómo este desarrollo capitalista en el campo, que se orientaba hacia la exportación, se hizo monopolizando los terratenientes pampeanos la propiedad de la tierra y dándola a arrendatarios capitalistas para que las trabajaran.¹⁹ Este proceso tuvo varias consecuencias: La primera, eliminó la cuestión campesina del escenario político; segundo, contribuyó a la concentración del capital y a la constitución de una gran burguesía terrateniente que a partir de esa ventaja inicial, a sus ligas con los monopolios comerciales, industriales y financieros, y a su amoldamiento a las demandas del mercado mundial, multiplica incesantemente su poder.²⁰ La tercera, la creación de una estructura urbana muy desarrollada, aunque basada en la expansión de las actividades del comercio y de los servicios ligados a las necesidades de esa economía de exportación y no al desarrollo industrial.

Esta formación socioeconómica, aparece incapaz de generar una "pequeña burguesía" con una inserción en el proceso productivo similar a la clase

Perón y Camilo Gray, al teniente coronel Pedro Pablo Ramírez, al capitán Urbano de la Vega, a los mayores Humberto Sosa Molina y Angel Solari, al coronel Juan Pistarini, etcétera, para nombrar sólo algunos de los oficiales. En cuanto a los cadetes del Colegio Militar que desfilaron con banda de música y fanfarrias para "tomar" la Casa de Gobierno, de su conjunto surgió un semillero de "caudillos" militares que participaron en diversas revueltas cuando obtuvieron grados militares: Bernardino Labayrú, Pedro L. Lucero, J. C. Landa, Jorge Lloveras, Fortunato Conte-Grant, Alvaro C. Alzogaray, Federico Toranzo Moreno, Federico Gentiluomo, Juan Poggio, Julio C. Señorans, etcétera. Y sus "maestros" del Colegio Militar: teniente Juan J. Valle, teniente Francisco Imaz, teniente José Uranga, teniente José Sosa Molina, teniente Arturo Ossorio Arana, teniente Julio A. Lagos etcétera. Y su propio jefe: general Reynolds.

¹⁹ Leopoldo Allub, "Las clases altas terratenientes y el desarrollo de la agricultura comercial en Argentina", *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, Agosto, 1972, Núm. 2, 281-317.

²⁰ *Ibid*, p. 293.

media inglesa. Se trata, por el contrario, de una clase media "dependiente" (burócratas, empleados de comercio, servicio, etcétera) cuyo estilo de vida y ocupación están ligados a la economía agroimportadora, controlada por la gran burguesía rural y el capital monopólico internacional; o se trata de una pequeña burguesía relativamente "autónoma", formada por pequeños y medianos propietarios del comercio y de la industria que habían crecido merced a la ampliación del mercado de consumo interno producto de la hiperurbanización.²¹ Su misma heterogeneidad y el carácter ambiguo de su inserción en el proceso productivo, hace que unas veces apoye la democracia y otras veces soluciones autoritarias, dependiendo del período histórico en que viven, de las presiones sociales "desde arriba" y "desde abajo" que reciben del gran capital y de la clase obrera, de las tradiciones políticas del país, del momento del ciclo económico (expansión o contracción), etcétera. No cuenta con organizaciones corporativas de defensa de sus intereses, pero sí cuenta con su volumen numérico y su entramamiento con el cuerpo de oficiales de las Fuerzas Armadas. Como el proletariado tiene una posición estructuralmente débil, esta pequeña burguesía es la materia prima por excelencia para ser movilizada en el conflicto inter-oligárquico que precede a la expansión de la democracia (1862-1912).

En Argentina el alto grado de movilidad social que permite la economía agroimportadora (medido por la tasa de crecimiento de las ocupaciones no manuales respecto a las manuales), hace que los conflictos sociales no adquieran un carácter pronunciado, quitando consistencia a los partidos que representan a las clases sociales y fracciones. Si bien el desarrollo capitalista permite que afloren conflictos y fuerzas anti *statu quo*, particularmente los movimientos anarquistas de los primeros años del siglo xx, se trata de desfasajes de la superestructura, de "avances" debidos a las experiencias políticas transplantadas por los inmigrantes desde Europa. Es en estas experiencias con los anarquistas que la clase dominante reacciona, frente a la amenaza de un proletariado que parece orientado hacia la revolución, cooptando a la pequeña burguesía mediante el expediente de permitir que la Unión Cívica Radical asumiera el poder político en 1912.

A nivel de la clase obrera, el proletariado que aparece no es, paradójicamente, una clase social que se perjudique con la ausencia de industrialización inhibida por la economía agroimportadora. Por el contrario, se trata de un proletariado más ligado al sector comercio, transporte y servicios, y consecuentemente, más interesado en la importación de bienes de consumo baratos. El cuadro social se caracteriza también por el hecho que el proletariado moderno en Argentina, no es ciudadano. Es extranjero, y hasta hacerse ciudadano, el proceso de movilidad social lo ha transformado en pequeño propietario, en miembro de la pequeña burguesía. Esto le da un carácter especial al conflicto político argentino, y particu-

²¹ Leopoldo Allub, "Industrialización, burguesía dependiente y democracia en Argentina", *Revista Mexicana de Sociología* Núm. 2 (1974), pp. 241-278.

laramente a las “presiones desde abajo” al sistema de dominación existente, explicando parcialmente por qué, en la Argentina de 1930, la quiebra de la democracia no hace viable la instauración del fascismo, sino un régimen autoritario de desmovilización: tanto la pequeña burguesía como el proletariado están muy integrados al sistema existente y no lo amenazan con una revolución. Por otra parte, el proletariado no es una clase nacional en un otro sentido, pues el ritmo de desarrollo desigual y combinado hace que esté concentrado espacialmente en las regiones centrales del país mientras que en la periferia, imperan relaciones de producción más atrasadas. No tiene pues, ni herencia teórica, ni herencia histórica de acción enraizadas en el país.

Finalmente, tampoco las clases terratenientes son una clase coherente. Tienen, por supuesto, cierta consistencia antes de la introducción del capital extranjero en la industria frigorífica, que produce una división del trabajo entre “criadores” e “invernadores” (aliados estos últimos con el capital financiero, comercial e industrial extranjero), fraccionando, en suma, el frente terrateniente. Estas fracciones se expresan, respectivamente, en los partidos Radical y Conservador. La clase terrateniente, sin embargo, es también una clase extranjerizante, que le imprime un carácter “rural” a toda la vida política argentina, carente de la complejidad que caracteriza a las sociedades industriales avanzadas. El carácter peculiar de la sociedad argentina de la época, “comercial-burocrática, agro-export” ejercerá notable influencia sobre la forma que asumirá la quiebra de su democracia burguesa en 1930: un simple golpe militar tendiente a la instauración de un *Estado fascista*, pero que, por carencia de condiciones estructurales mínimas, termina implantando una caricaturesca dictadura burocrático-militar de derecha, al servicio de una fracción de la burguesía agraria.²² Para comprender cómo fue posible este desenlace —no democracia, no fascismo— explicaré la manera en que se expresaban, políticamente, las distintas clases y fracciones en la trágica coyuntura de los años 30.

1. *El Gobierno: La Unión Cívica Radical*

El radicalismo, como expresión política, fue percibido por sectores lúcidos de la oligarquía terrateniente, como el instrumento idóneo para contrarrestar el peligro que significaban las movilizaciones obreras, controladas por directivas anarquistas, quienes hicieron su aparición en la vida política del país ya desde principios del siglo xx. Merced al desarrollo capitalista periférico, el tamaño de la pequeña burguesía había crecido a un ritmo vigoroso, y no encontraba expresión política hasta la aparición del radicalismo. El problema crucial para el bloque dominante era la futura orientación política de esta masa disponible.

²² Antonio Gallo, *El movimiento de septiembre: ensayo de interpretación marxista*, Buenos Aires, 1933.

CUADRO 1

ESTRATIFICACIÓN SOCIAL DE LA OCUPACIÓN, 1869-1960

(Por ciento de la población activa)

<i>Categorías ocupacionales</i>	1869	1895	1914	1947	1960
ESTRATOS MEDIOS (no manuales incluyendo los estratos altos no más de 2.3%)	11.0	25.9	29.9	40.2	44.5
1 Propietarios, autoempleados	7.1	17.8	14.9	19.9	19.6
2 Profesionales independientes	.5	1.5	2.6	1.3	1.5
3 Empleados	3.4	6.6	12.4	19.0	23.4
ESTRATOS BAJOS (manuales)	89.4	74.1	70.1	59.8	55.5
1 Obreros autoempleados	51.6	23.8	29.9	5.2	4.8
2 Asalariados	24.5	36.4	29.2	49.6	45.5
3 Servicio doméstico	12.9	13.4	9.8	4.8	5.2
4 Otros	—	.5	.2	.2	—
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

FUENTE: Gino Germani, "Social Stratification and its Historic Evolution in Argentina", *Sociología, Rivista di Studi Sociali dell' Instituto Luigi Sturzo, Roma*, (1971), p. 54.

A nivel de las clases dominantes, el radicalismo expresaba el proceso de fraccionamiento a que ese mismo desarrollo capitalista periférico había conducido, al interior de las clases terratenientes, entre "criadores" e "invernadores", representando, con más nitidez luego de 1924, el interés de los "criadores". Esta división era consecuencia de la especialización a que había conducido la introducción técnica del *chilled* (carne enfriada) el capital norteamericano en la industria de la carne, que requería una calidad de ganado superior, la introducción de pasturas artificiales para su engorda, y orientaba su producción hacia el mercado externo.

Las relaciones recíprocas entre el *chilled* y el *frozen* (carne congelada), además de la división de la clase terrateniente entre criadores e invernadores, condujo, a nivel político, a la creación del radicalismo como expresión de los intereses de los criadores, y al Partido Conservador, como la expresión de los ganaderos invernadores ligados al capital extranjero y compradores de ganado. Con posterioridad, el carácter "plebeyo", popular-democrático, de la Unión Cívica Radical se acentuará con la división producida en 1924 entre "personalistas" o yrigoyenistas, y los "antipersonalistas", que tienen entre los primeros a los radicales vinculados a los "criadores" y al grueso de la pequeña burguesía.

Los antipersonalistas, son una fracción del partido radical más ligada a los invernadores quienes, por supuesto, poseen mayor afinidad política y social con la fracción de clase que se aglutina junto al Partido Conservador. Esta situación aparece con claridad en el alineamiento de fuerzas que precede al golpe del 6 de septiembre de 1930, y al gobierno que le sucede casi inmediatamente después.

Antes de la apertura del sufragio en 1912, la fracción de los terratenientes menos ligada a los monopolios de la industria de la carne, que se identifica con Irigoyen en su confrontación sectorial con el bloque de poder (el llamado "Régimen" por los dirigentes del radicalismo) y a la que Mario Bravo despectivamente llama "la clase terrateniente que no está en el gobierno", moviliza el apoyo de los grupos no incorporados todavía al sistema político; es decir, la pequeña burguesía urbana y rural, y aun el de obreros calificados vinculados al sector transporte y servicios, etcétera. Se trata, como lo califican los sectores conservadores, de la "turba populachera", el "pueblo", mismo que es movilizadado por fracciones de la clase terrateniente criadora, y cuya situación social también se diferencia de la del bloque dominante en prestigio y posición ocupacional.²³ Por citar algunos ejemplos, la composición social del parlamento argentino en 1916, es decir, durante el período en que el Partido Radical tenía un gran número de legisladores en el Congreso, revela que una gran cantidad de conservadores y radicales eran miembros de las profesiones liberales o poseían tierras.²⁴ Notablemente, no había empresarios industriales en ese Parlamento. Entre 1916 y 1930, los datos disponibles revelan que los terratenientes continuaron manteniendo una influencia decisiva dentro y fuera de la Unión Cívica Radical y en el gobierno de Yrigoyen. El presidente, varios miembros de su gabinete ministerial y el ministro de Agricultura eran terratenientes y miembros de la influyente Sociedad Rural Argentina.²⁵ Esto explica, por ejemplo, por qué durante los catorce años de democracia parlamentaria (1916-1930) que fueron los de las administraciones radicales, se hubieran aprobado 90 leyes favorables a los intereses terratenientes, y que de éstas, el 20 por ciento hubiesen sido introducidas por el Partido Conservador; el 11 por ciento por los socialistas y demócratas progresistas, y el 60 por ciento por los radicales,²⁶ lo que revela que el

²³ E. Gallo y Silvia Sigal, "La formación de los partidos políticos contemporáneos: La U.S.R., 1890-1916", en T. Di Tella *et al.* *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1966, pp. 40, 55-56.

²⁴ Darío Cantón, *El parlamento argentino en épocas de cambios, 1890-1916-1940*, Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1966.

²⁵ Peter Smith, *Politics and Beef in Argentina*, New York, Columbia University, 1969, pp. 48-50; 71-88; 129-136.

²⁶ Peter Smith, "Los radicales y la defensa de los intereses ganaderos: 1916-1930", *Desarrollo Económico*, Vol. 7, (abril-junio, 1967), p. 826. Este mismo autor también hace un interesante estudio de la coyuntura de 1930 en su monografía "The breakdown of democracy in Argentina, 1930", *World Congress of Sociology*, Berna, 1970.

Partido Radical, a pesar de apoyarse en las capas medias, realmente estaba fortaleciendo las bases socioeconómicas del poder de los terratenientes.

Por su posición dentro de la estructura productiva, los dirigentes radicales y las masas que apoyaban al partido, no eran el equivalente del Partido Liberal inglés. El radicalismo no es el partido de la burguesía industrial, ni tampoco está interesado en promover la industria. Existían profundas razones estructurales derivadas del enorme éxito de la economía "agro-export" —en términos de movilidad social— que impedía a los radicales implementar políticas que cuestionaran las bases del modelo económico heredado de la oligarquía terrateniente. El radicalismo no es el representante de una clase social cuyas profundas divergencias en intereses materiales con los detentadores del poder, hicieron posible la ampliación de la democracia. Tanto el radicalismo, como el resto de los partidos, comparten la idea de que es necesario mantener el modelo "agro-export". Aquí se puede detectar un elemento de gran importancia para explicar la no viabilidad del fascismo el 6 de septiembre de 1930, movimiento que presenta un doble rostro, "fascista" y "democrático", siguiendo las líneas en que se expresaba la oposición al gobierno.

2. La oposición

a) La fronda "aristocrática"

El usufructo del título del ensayo del chileno Alberto Edward Vives, nos permitirá ilustrar bien la posición del pequeño grupo de élite y al resto de los activistas de extrema derecha que, en las postrimerías del gobierno de Yrigoyen (1928-1930), rodean al jefe de la revolución de 1930, el general Uriburu. Se trata de los redactores y colaboradores de *La Nueva República* y *La Legión de Mayo*. A diferencia de la dirigencia del Partido Conservador, es significativa la cantidad de miembros de las aristocracias provinciales que radican en Buenos Aires en estas agrupaciones. Sirven en funciones burocráticas como jueces, profesores universitarios, en el Ministerio de Educación, o como columnistas en la Gran Prensa conservadora. No todos integran, por su posición de clase, la burguesía agropecuaria, aunque por razones de parentesco lejano o cercano, estén unidos a ella. Ellos se han desplazado de sus provincias nativas en busca de mejores oportunidades de vida, pero no constituyen directamente el núcleo de la llamada "oligarquía" porteña, que se aglutina en el Partido Conservador y cuya ideología es "liberal". Este es un grupo intersticial, entre la clase media, de origen inmigratorio y de movilidad reciente, que apoya el radicalismo, y la "oligarquía" propiamente dicha. Vulnerables a la "movilidad desde abajo", desconfiados y envidiosos del poder de los de "arriba", estos grupos de élite se movilizan, desde la periferia, antes de los

grandes procesos de movilización social producidos durante la década del 30 y contribuyen con su ideología a preparar el clima de opinión que dará contenido al accionar político del peronismo. Su expresión ideológica, al menos inicialmente, se caracteriza por su sentimiento profundamente antiliberal, y por su odio declarado al radicalismo.

Particularmente en el grupo *La Nueva República* y en Leopoldo Lugones, el proyecto de modernización “desde la cima” que implica la instauración del Estado fascista, está como finalidad subjetiva y el tema fue puesto en circulación desde las más altas esferas de éste y de posteriores gobiernos de facto, lo cual se deduce con claridad de los discursos presidenciales. Sin embargo, aun cuando el 6 de septiembre de 1930 significa el momento más intenso de la crisis de la democracia argentina, de la que todavía no se ha recuperado, también es cierto que había otras fuerzas sociales que pusieron de relieve —como los hechos demostraron— que la acción fascista era insuficiente para agotar la creación histórica. En todo caso, este experimento constituyó el punto de partida, el origen de un nuevo proceso que materializaría en el futuro, cuando se dieron otras condiciones estructurales y coyunturales, pero es estructuralmente ajeno al seis de septiembre de 1930. En ningún momento, los sectores autoritarios fascistas, adquieren hegemonía y por el contrario, luego de la toma del poder, pierden continuamente apoyo.

b) Los conservadores liberales

En política, ya lo decía Maquiavelo, de nada sirve la fuerza sin la inteligencia; los leones son débiles sin la ayuda de los zorros. Si el pequeño grupo de élite y el jefe de la revolución de 1930 no pudieron imponer un Estado fascista, o una dictadura, no fue porque les faltaran ganas, sino porque la clase dirigente conservadora (la “oligarquía liberal”) y un buen número de militares entre los que se contaba el general Justo, se dieron cuenta del “desfasaje” superestructural que implicaba una aventura de esta naturaleza, en un país en donde la base social mínima, de clase media, se alineaba junto al radicalismo y donde tampoco había presión “desde abajo” por parte de la clase obrera.²⁷

En efecto, hasta antes de la crisis de 1929, la alta burguesía rural, cuyos intereses representaba el Partido Conservador, no veía en el radicalismo un antagonista insuperable, porque su política económica no producía en ella pánico como clase poseedora, sino como clase política. Por otra

²⁷ Giudice, E. *Ha muerto el Dictador pero no la dictadura*, (Buenos Aires, 1932) p. 219. Refiriéndose a la posición de los trabajadores dice: “la clase obrera, indiferente a un cambio burgués, no hizo nada”. Esto me lleva a pensar que la denuncia de una supuesta conspiración bolchevique en el personal de bomberos de la capital, mencionada por Carlos Ibarguren en su “La historia que he vivido”, etcétera, eran puras fantasías, o una inveterada táctica usada por la extrema derecha para apurar el trago golpista a algún militar sin cabeza. Ver el capítulo de Ibarguren sobre la Revolución de septiembre.

parte, el radicalismo estaba dividido en "Personalistas" y "Antipersonalistas", división que aparece en el seno del radicalismo ya en el año 1909, aún antes de la formación del Alvearismo, cuando el "Personalismo" de Yrigoyen fue denunciado por Pedro C. Molina, dentro del partido. Luego, durante la presidencia de Yrigoyen, un grupo parlamentario formado por Víctor Molina, Crotto, Laurencena, Tamborini, Taboada, Villafañe, Quirós, Garaicochea, Ferraroti, Fox, Gil, O'Reilly y otros, forman el bloque Antipersonalista. Con la presidencia de Marcelo Alvear, (1922-1928), la posición de los antipersonalistas se consolida y la división dentro del radicalismo se acentúa hasta la ruptura, circunstancia que es decisiva para abrir las posibilidades del golpe de 1930.

Marcelo T. de Alvear, que había sido presidente de la república entre 1922 y 1928 por el radicalismo, tendía, por su extracción de clase, a representar los intereses de los "invernaderos", y sobre este grupo, el Partido Conservador ejercía, por razones de círculos familiares, de amistad, intereses económicos y estilo de vida, etcétera, una influencia ideológica considerable. El doctor Leopoldo Melo, senador por Entre Ríos y líder del antipersonalismo, aparece con más frecuencia en reuniones públicas con dirigentes conservadores que con los de su propio Partido Radical. Pocos días antes del golpe, 44 legisladores de la derecha, que componían la Unión Provincial de Salta, el Partido Liberal de Tucumán, el Partido Demócrata de Córdoba, el Partido Liberal de San Luis, el Conservador de Buenos Aires, el Autonomista de Corrientes y el Socialista Independiente suscriben un manifiesto en contra del gobierno, uno de los primeros ataques frontales por parte de la oposición articulada; y no extrañamente a los pocos días, en la misma tónica de los 44, hacen conocer el suyo los antipersonalistas, con el senador Melo a la cabeza; político que, derrotado en las elecciones limpias de 1928 no vacila en integrar el gabinete del gobierno del general Justo, luego de derrotado Irigoyen.

La derecha "liberal" y los radicales antipersonalistas, hacían propaganda al golpe disfrazándolo mediante un brillante verbalismo "democrático", merced al cual neutralizaron o capturaron parcialmente el apoyo pequeño burgués. Desde la Gran Prensa el "Manifiesto de los 44" hablaba un lenguaje "democrático", invocando el "desamparo" de los intereses agrarios, acusando al Yrigoyenismo de haber subvertido y desnaturalizado la constitución y las Leyes, las autonomías provinciales, etcétera, declarando que:

El gobierno civil, responsable y legal de la Constitución y el resto al sufragio organizado por la gran Ley Saenz Peña, constituían el patriotismo indestructible y la aspiración ferviente y tenaz de las fuerzas cultas, sanas y libres de la República...

En sus críticas, la derecha acusaba al gobierno como la única causa y consecuencia de la crisis, y obviamente excluía a la organización social que le daba origen. Tras el hipócrita democratismo verbal, se ocultaba el

otro rostro del golpe militar: el fascismo. La apasionada fiebre antigubernamental de la oligarquía, se extendió a un importante reducto de la pequeña burguesía, la Universidad, que, irónicamente, se había expandido para darle cabida merced a la política de apertura del mismísimo gobierno que buscaba derribar: el gobierno de Hipólito Yrigoyen. En franco *delirium tremens* creía que la caída del gobierno radical implicaba la automática salvación de su vulnerable posición como capa social frente a la crisis. Estos sectores estaban convencidos de que sacando a las fuerzas armadas de la legalidad constitucional éstas se someterían voluntariamente al gobierno civil, olvidando que, en política, quien tiene la fuerza, sin las restricciones de la ley, posee el poder para dictar lo que debe y no debe ejecutarse. Esta ilusión, contagiada por la derecha "liberal" al reformismo estudiantil, es trágicamente anticipada por el decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Buenos Aires, el doctor Alfredo Palacios, quien denuncia la trampa con vehemencia.

Sin embargo, estas capas que apoyan desconcertadas al movimiento armado del seis de septiembre de 1930, no lo hacen siguiendo consignas antidemocráticas y anticapitalistas, como en el caso del fascismo clásico. Eran masas de escolta de sectores de la alta burguesía agropecuaria, descontentas de la situación económica y del gobierno, y no del sistema social responsable de su situación, de su inestabilidad, y de su crisis. Los sectores de la pequeña burguesía que participan con su presencia de la marcha militar de aquella tarde del seis de septiembre de 1930, lo hacen aplaudiendo, efusivamente, a la "vanguardia revolucionaria" integrada nada más y nada menos que por la ¡banda de música del Colegio Militar!

Los conservadores, sin embargo, estaban convencidos que el apoyo que podían obtener de estas capas era temporal y, conociendo que tampoco contaban con el apoyo total de las fueras armadas, pensaban que su concurso era indispensable. Pero las "masas" que iban a la "revolución", sólo creían que ésta se proponía reemplazar temporalmente al radicalismo y que, inmediatamente después, los militares retornarían a sus cuarteles. El sector de la "oligarquía liberal", en cambio, juzgaba la conveniencia de no ir más allá del despido definitivo del radicalismo pues anticipaba, perfectamente, que la solución de la crisis económica imponía una política que convertiría a las capas medias y a los trabajadores en sus principales víctimas. El sector fascista, en cambio, tenía proyectos más audaces.

a) *La izquierda*

En la izquierda, el Partido Socialista, representante de los trabajadores de las áreas centrales del país, era el partido mayoritario. Pero, nuevamente, en un país con alto grado de movilidad social, en el que un obrero podía transformarse en pequeño propietario en una generación, el Partido Socialista no podía defender posiciones revolucionarias. (Enrico Ferri, dirigente socialista italiano que años atrás había sido invitado para pronunciar

un ciclo de conferencias en Argentina, conociendo esta situación, amén del escaso grado de desarrollo industrial del país, llegó a dramatizar su análisis del entorno en que dicho partido desempeñaba su acción diciendo que el socialista, era “el partido de la Luna”.) El proletariado argentino, a diferencia de la social-democracia alemana, o del Partido Socialista Italiano, no estaba encapsulado en sus tradiciones de clase, altamente volatilizadas por el proceso de movilidad social. Por otra parte, tampoco podía actuar como eficaz defensor de la democracia por no ser, como dijimos anteriormente, un partido *nacional*, dado que su base social estaba constituida por extranjeros de las zonas más desarrolladas y por su escasa penetración en la pequeña burguesía cuyo apoyo capitalizaban los radicales, mismos que también capitalizaban o manipulaban el de amplias capas de la población “criolla” de las regiones más atrasadas del país. De manera pues que, en la izquierda, tampoco existían organizaciones de masas, efectivas, capaces de presentar alternativas viables para el mantenimiento de la democracia en situaciones críticas. Del lado del socialismo, esta situación se agravó en las postrimerías del gobierno radical de Marcelo T. de Alvear (1922-1928), como consecuencia de la división producida con respecto a la forma en que se había manejado, a nivel partidario, la propuesta de intervención a la provincia de Buenos Aires —controlada por el radicalismo Yrigoyenista— y que era decisiva para posibilitar el triunfo de cualquier candidato en las elecciones que se avecinaban en 1928. Los socialistas se dividieron en Socialistas Independientes, con Antonio Di Tomaso como secretario general, y el Partido Socialista, con Nicolás Repetto. Ambas fracciones, sin embargo, hacían causa común en sus ataques contra el gobierno de Yrigoyen, el ganador en las elecciones presidenciales de 1928. La separación de los Socialistas Independientes causó un enorme daño a la social democracia argentina en las elecciones de renovación del parlamento el 2 de marzo de 1930, pues en el distrito de la Capital Federal, a donde el partido tenía su mayor caudal electoral, hicieron alianza con los radicales antipersonalistas y con los conservadores, ganando estrepitosamente. Esta coalición, que los radicales del gobierno llamaban “El Contubernio”, muestra que los socialdemócratas argentinos estaban muy lejos de constituir una “amenaza desde abajo” (como en los casos de Alemania e Italia) a las clases dominantes y revela, también, la gran capacidad de la derecha para fragmentar no sólo al radicalismo, sino al socialismo ortodoxo, y con ellos a toda la oposición. Los socialistas ortodoxos, sin embargo, como por ejemplo el doctor Alfredo Palacios, conocían que un golpe fascista los convertiría en sus principales víctimas y buscaban, sin efectividad, una salida institucional a la crisis que se apoyara en el alejamiento del presidente y su sustitución por el presidente del Senado. Esta solución, se podría conjeturar, hubiera orientado la dirección de la crisis argentina siguiendo el patrón inglés, *v.gr.* la formación de un gobierno de coalición, solución factible, pues las elecciones del 2 de marzo de 1930, meses antes del golpe, mostraron la existencia de una nueva corre-

lación de fuerzas, cuyo significado se expresaba, cuantitativamente, en la casi completa reversión de la orientación del voto favorable en 1928 al radicalismo. Si en aquellas, el partido de Yrigoyen había obtenido 127 756 votos, o sea el 45.9 por ciento del electorado, y la oposición el resto, ahora, la alianza de los Socialistas Independientes, Conservadores, y Antipersonalistas obtenía casi este porcentaje, mientras que el Yrigoyenismo sólo el 28 por ciento.

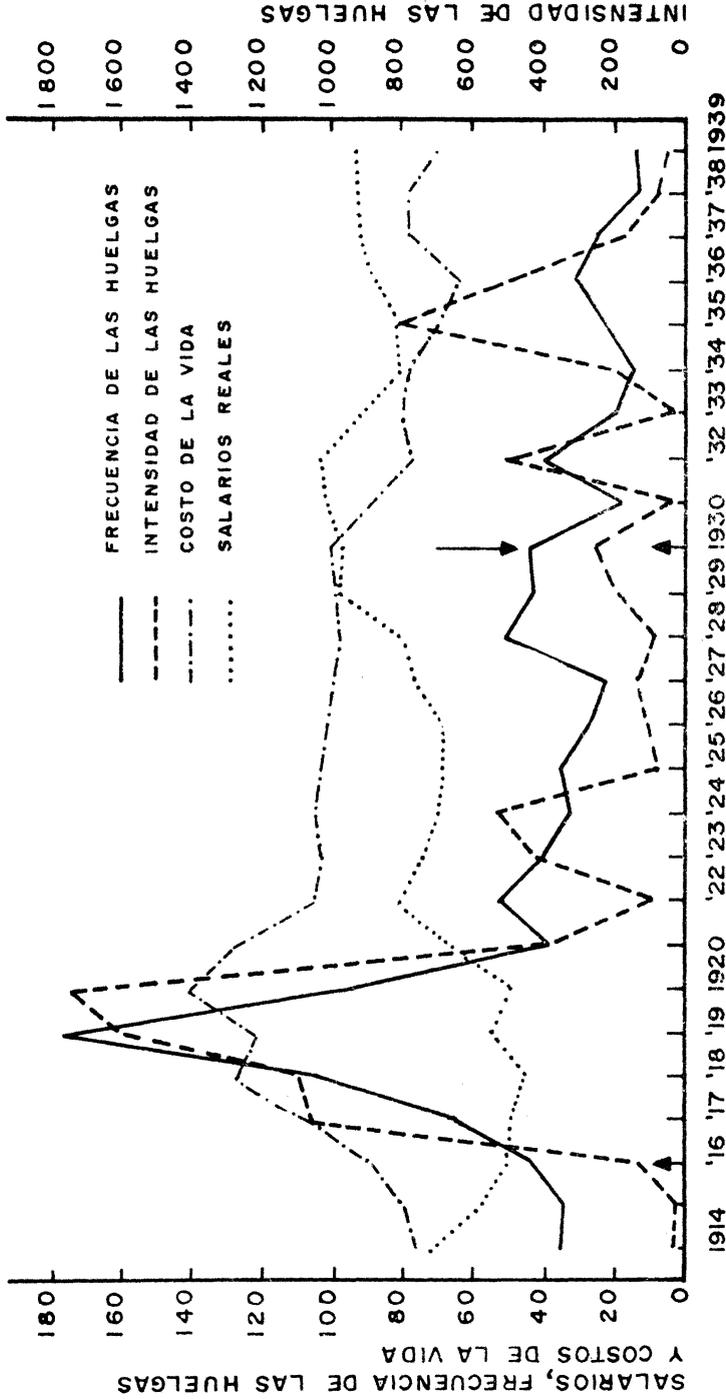
III. LA "CAPACIDAD" POLÍTICA DEL SISTEMA

El sistema político puede ser definido como la parte del área institucional cuya función fundamental es asegurar, mediante el consenso a la coacción, niveles satisfactorios de manejo del conflicto. Un sistema político, relativamente institucionalizado y eficiente, puede dilatar la ruptura del sistema social aun cuando hayan desaparecido las variables críticas que mantienen su cohesión a nivel de la sociedad civil. En la Argentina de la segunda presidencia de Yrigoyen (1928-1930) se planteaban áreas críticas de localización del conflicto que el sistema podía tolerar en períodos de prosperidad pero no en momentos de grave crisis económica. En efecto, con excepción de las huelgas del año 1919 durante la llamada "Semana Trágica" realizada por los obreros de la Casa Vasena y las de los trabajadores rurales de la Patagonia, cuya represión asumirá un carácter innecesariamente brutal, incomprensible hasta desde la perspectiva de la misma "oligarquía", por cuanto hasta ese momento los movimientos obreros eran reprimidos por la policía y no por el ejército, los salarios reales aumentaron durante el período 1916-1930, mientras que los índices del costo de la vida del Departamento del Trabajo permanecieron estables o aun disminuyeron. Además, dos formas clásicas de exteriorización de la protesta, tales como la frecuencia de las huelgas (medida por el número de huelgas divididas por el número de jornadas legales de trabajo), y la intensidad de la huelga (medida por el número de días perdidos dividido por los días legales de trabajo durante un año) disminuyeron. A esta expresión de "consenso" contribuyó, por supuesto, la actitud del radicalismo receptivo, no obstante, a las reformas y a una redistribución del ingreso favorable a las clases medias y al proletariado urbano calificado.

Sin embargo, hacia fines de 1929, se planteaban situaciones que la crisis económica agudizó. Paso a mencionar las más importantes.

Primero, la concentración del poder en la persona del ejecutivo (Yrigoyen), misma que le valió a los radicales el mote de "personalistas", y el deterioro de la función de los ministros, cual era la de avalar con su firma los actos del presidente. Esta tendencia tuvo dos consecuencias, ambas "disfuncionales". La primera, convirtió a los ministros en simples amanuenses del Ejecutivo, dilatando *ad infinitum* la toma de decisiones. La segunda,

GRAFICA I
SALARIOS, COSTO DE LA VIDA Y HUELGAS, 1914 - 1939



FUENTE: ADOLFO DORFMAN, *HISTORIA DE LA INDUSTRIA ARGENTINA*, BUENOS AIRES LOSADA, 1942, pp210-212 LA METODOLOGIA USADA EN LA CONSTRUCCION DE ESTOS INDICES PERTENECE AL DEPARTAMENTO DEL TRABAJO DEL GOBIERNO DE LA REPUBLICA ARGENTINA.

objetivó la responsabilidad de todo el gobierno en la persona del ejecutivo, de modo tal que los problemas políticos no podían ser ya resueltos sólo con la renuncia ministerial, sino con la ida del presidente.

Segundo, la actitud hostil y no contemporalizadora de la mayoría radical en el parlamento, impedía, mediante artilugios de procedimiento (rechazo de diplomas), la incorporación de representantes de la oposición, como en los casos de los representantes de Mendoza (Lencinas) y San Juan (Cantoni). La minoría conservadora comenzaba a pensar que era inútil ganar elecciones, si los diputados en el Congreso no iban a ser aceptados por la mayoría radical.

Tercero, el uso indiscriminado de las intervenciones federales, avaladas por la mayoría radical en el Congreso o simplemente mediante decretos del ejecutivo, supuestamente, "para asegurar la forma representativa, republicana y federal", pero en los hechos, para destruir gobiernos provinciales de oposición. Un análisis retrospectivo nos revela que cuando los radicales tomaron el poder político en 1916, y el sufragio se extendió a las capas populares, la modalidad autoritaria de la oligarquía de manejo del gobierno local por parte del gobierno federal no se había alterado substancialmente. Por el contrario, los radicales no sólo no rewertieron este parámetro histórico sino que, como muestra el cuadro siguiente, se apoyaron como ningún otro gobierno hasta 1916 en las intervenciones federales. El cuadro muestra que de un total de 93 intervenciones federales efectuadas entre 1862 y 1930, los radicales consumaron 34, lo cual revela que el poder central, en lugar de marchar hacia una mayor descentralización y democratización, estaba creando y recreando las condiciones de lejanía del control popular y rigidez administrativa, como para hacer posible que un grupo instalado en las zonas centrales del poder pudiese aniquilar de un solo golpe las libertades democráticas de Argentina.

Y finalmente, el uso y abuso del presupuesto nacional para asegurar una clientela electoral mediante cargos en la burocracia.

En efecto, el manejo del presupuesto del Estado por parte de los radicales luego de la Reforma Electoral de 1912, y en un país fuertemente urbanizado, comenzó a darles una influencia a la vez enorme y frágil, pues hacía materialmente imposible que la oligarquía terrateniente retomara el poder dentro de un marco de competencia democrática. En condiciones de una economía en crecimiento, la dualidad entre el poder económico y el poder político, las divisiones "superestructurales" sobre problemas de representación, procedimiento de admisión de diputados y senadores en las Cámaras, "personalismo" del Ejecutivo, etcétera, podía ser absorbido por la oligarquía terrateniente, pues, después de todo, los radicales no cuestionaban los parámetros fundamentales del modelo de acumulación capitalista periférico. Mientras ello sucediese, la Unión Cívica Radical podría ganar elecciones por amplio margen con ayuda de su clientela electoral. No ocurriría lo mismo en períodos de crisis económica profunda, como la de 1929. A la derecha sólo le quedaba el camino de recuperar el

CUADRO 2

INTERVENCIONES FEDERALES EN PROVINCIAS ARGENTINAS
1862-1930

<i>Presidencia</i>	<i>Intervenciones</i>		
	<i>Total</i>	<i>Decretos</i>	<i>Leyes</i>
1862-68: Mitre	8	7	1
1868-74: Sarmiento	6	6	0
1874-80: Avellaneda	6	5	1
1880-86: Roca	2	0	2
1886-92:			
Juárez Celman (86-90)	2	1	1
Pellegrini (90-92)	3	2	1
1892-98:			
L. Sáenz Peña (90-95)	8	1	7
Uriburu (95-98)	6	1	5
1898-1904: Roca	6	3	3
1904-10:			
Quintana (04-06)	1	0	1
Alcorta (06-10)	7	4	3
1910-16:			
R. Sáenz Peña (10-16)	2	2	0
De la Plaza (14-16)	2	1	5
1916-1922: H. Yrigoyen	20	15	5
1922-28 : M. Alvear	10	7	3
1928-30 : H. Yrigoyen	4	2	2
	—	—	—
TOTAL	93	57	36

FUENTE: Rosendo A. Gómez, "Federal Interventions in Argentina, 1862-1930", *Journal of Inter-American Economic Affairs*, 1, 3 (diciembre, 1947), pp. 55-73.

poder por la vía violenta. En estado de desesperación, el 22 de agosto de 1930, en desplegados públicos en vísperas del golpe, las instituciones más representativas de la burguesía nacional, la Sociedad Rural Argentina, la Unión Industrial Argentina, la Bolsa de Cereales, y la Confederación del Comercio, expusieron el estado de la economía nacional:

La deuda pública de 4.160 millones de pesos, la disminución de las exportaciones en 188 millones oro en sólo un semestre, los 30 millones de merma en la renta de la aduana solamente en el puerto de la capital, seis millones en impuestos internos igualmente en los seis meses en el curso del año, las quiebras que aumentan de 72 a 105 millones en igual período;

la desvalorización en un 20% de la moneda; la industria ganadera (que) sufre los perjuicios que derivan de la disminución en el consumo de ganados; las desvalorizaciones (que) nos colocan en el trance de malvender nuestras cosechas...

CUADRO 3

CONCURRENCIA ELECTORAL Y VOTOS OBTENIDOS POR EL PARTIDO
GANADOR EN ARGENTINA, 1916-1937

Año	Masa elegible para votar (000)	Votantes efectivos		Por ciento obtenido por el Partido ganador	
		Absoluto	%		
1916	1 189	746	63.0	45.6	(U.C.R.)*
1922	1 586	876	55.0	47.8	(U.C.R.)*
1928	1 807	1 461	81.0	47.4	(U.C.R.)*
1931	2 116	1 554	73.0	35.1**	
1937	2 672	2 035	76.0	53.7***	(Concordancia)

* Unión Cívica Radical.

** Elecciones en la Provincia de Buenos Aires, en las que gana la U.C.R., pero que son anuladas.

*** La U.C.R. se abstiene en las votaciones.

Con respecto a las finanzas, las clases altas reclamaban el equilibrio del presupuesto, la aprobación de leyes proteccionistas y la eliminación de las concebidas para proteger al trabajo.

En los análisis de los balances presentados a la Inspección General de Justicia por 171 sociedades entre 1929-1931, se puede observar el enorme aumento en el número de quiebras en comparación con períodos anteriores. La crisis afectaba a toda la nación: el costo del arrendamiento y los gastos de producción superaban con creces los precios de venta de los productos. Las crisis afectaban con creces los precios de venta de los productos. La crisis afectaba principalmente al funcionamiento del Estado debido a que, por otra parte, durante las administraciones radicales los ingresos de importación continuaron representando cerca del 47 por ciento de los recursos totales de la burocracia, y continuaban siendo generados por una economía que el poder político apenas controlaba. Las restricciones a las exportaciones afectaban a la capacidad importadora, y por ende, a la capacidad del Estado de hacerse de fondos. Y como una burla, la mayoría parlamentaria radical aprueba, en plena crisis ¡el aumento de sus honorarios! La crisis afectaba a la oligarquía ya no como clase política, sino también como clase económica, pues, con los radicales en el poder, no era de imaginar que éstos hiciesen pagar el precio a las capas medias, que eran su principal sustento electoral (la "chusma populachera" como les llamaban), ni tampoco se los podía derrotar en elecciones limpias. A la derecha, sólo le quedaba golpear las puertas de los cuarteles militares.

CUADRO 4

PORCENTAJE DE LOS INGRESOS DE IMPORTACIÓN
EN LOS INGRESOS TOTALES DEL GOBIERNO FEDERAL
(1915-1935)

<i>Periodo</i>	<i>Por ciento</i>
1915-1918	42.3
1920-1922	33.3
1922-1925	44.2
1926-1930	46.3
1931-1935	35.1

IV. LA "POLITIZACIÓN" DE LAS FUERZAS ARMADAS

Reflejando las tendencias en la sociedad civil, el Ejército articulaba estrategias para el golpe militar. El Ejército argentino, como factor de poder, había perdido su peso luego de 1880, cuando la unidad nacional se produce y la fuerza militar es sustituida por la labor rutinaria de burócratas y abogados. Interviene, sí, en levantamientos como los del 90, 93, 1905 que son dirigidos por civiles, no por militares. Por otra parte, el Ejército no es todavía una organización moderna, porque no existió, hasta la Ley Ricchieri en 1901, un servicio militar obligatorio.²⁸ El nivel técnico aumentó con la incorporación de estudiantes a sus filas, que antes se nutría de analfabetos, y con la incorporación de armamento moderno que obligó a la oficialidad a una mayor capacitación, etcétera. Con el aumento del prestigio y eficacia del Ejército, sus comunicaciones con la aristocracia se hicieron más intensas y fluidas, sobre todo, a partir del crecimiento industrial producido durante la primera guerra mundial y la consiguiente aparición de la clase obrera en la escena política que le obliga a definir su posición frente a la llamada "cuestión social".

En efecto, el movimiento obrero había demostrado cierta combatividad ya desde fines del siglo XIX, pero su actividad no había provocado la intervención del Ejército porque su tamaño e influencia eran reducidos y limitados a Buenos Aires. A partir de la Ley Sáenz Peña, el movimiento obrero interviene legalmente en política votando a los candidatos del Partido Socialista. Hacia fines de 1918, la combatividad de la clase obrera industrial es tan fuerte que motiva la represión sanguinaria del Ejército

²⁸ Leopoldo Allub, *Estado y sociedad civil en Argentina*, México: El Colegio de México, Cuaderno No. 6, 1974. pp. 22-23.

en Buenos Aires y en la Patagonia, y contribuye a situar a éste en el panorama político-social. Estos procesos coinciden con el ascenso de la Revolución rusa y la gravitación del anarquismo, vinculado a la acción directa, en el movimiento obrero argentino. Todo esto contribuía a alinear el Ejército argentino en una posición notoriamente conservadora y a favor de los grupos de clase alta.²⁹ Para ciertas fracciones del Ejército, el populismo de Yrigoyen debería sonar como antesala del comunismo, razón por la cual comenzó a diseñarse en sus filas ciertas corrientes de oposición que materializaron con la creación de la llamada Logia San Martín en los 1920. Esta Logia adquirirá gran importancia durante la presidencia de Alvear. Cabalgando sobre la división dentro del radicalismo logró ocupar resortes claves en su administración, empezando por el Ministerio de Guerra.³⁰ Fue durante esta presidencia que se moderniza, mediante la Ley de Armamentos que aprueba la compra de armamentos y equipos en el exterior, y se perfecciona su capacidad represiva.

Alvear coquetó con miembros de la Logia San Martín, cuyo dirigente, el coronel Luis J. García y sus amigos, controlaban el Círculo Militar y se oponían a Yrigoyen. Con el agravamiento de las relaciones entre "personalistas" y "antipersonalistas" dentro del radicalismo el poder de la Logia en el Ejército aumentó debido a la necesidad de los antipersonalistas en el gobierno, de neutralizar el apoyo que tenía el Yrigoyenismo, particularmente entre la joven oficialidad. La intervención de este grupo en política adquiere por momentos notoriedad, y se atribuye al ministro de Guerra Agustín P. Justo, hombre de la Logia, la sugestión de no entregar el poder al candidato triunfante en las elecciones de 1928, en razón de que apoyaba a la fórmula Melo-Gallo (antipersonalista) que sale derrotada. Con la derrota de su candidato, esta fracción del Ejército comenzó su intervención activa en política. Hay que mencionar también que el general Justo, uno de los líderes de una de las tendencias del golpe, era ministro de Guerra, mientras que el coronel García era jefe del Colegio Militar y el general Uriburu ocupaba el cargo de Inspector General del Ejército. Esta fracción del Ejército, representaba, como caja de resonancia de la sociedad civil, a la fracción "democrática" del golpe de 1930, pues estaba ligada con la gran prensa liberal, particularmente con el diario *Crítica*, en donde se efectuaban mítines subversivos, y *La Nación*, desde cuyas columnas el coronel García y Leopoldo Lugones, entre otros, emitían su prédica antigubernamental, y con figuras del conservadurismo, del radicalismo bloquista de San Juan, y del socialismo independiente. Esta línea era partidaria de dar un golpe cívico-militar, cuya meta final se reduciese a desmovilizar políticamente al radicalismo.

²⁹ Ricardo M. Ortiz, y José C. William, *La crisis de 1930 en el Río de la Plata*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, Cuadernos de Historia, 1957, pp. 23-79.

³⁰ Juan V. Orona, *La Revolución del 6 de septiembre*, Buenos Aires, Imprenta López, 1966.

La segunda línea golpista, a quien la camarilla del general, Justo dejaba actuar para no "quemarse" en caso de salir a recoger los frutos de un golpe militar extemporáneo, estaba acaudillada por el general José F. Uriburu, quien finalmente lidera los pasos iniciales del mismo y del posterior Gobierno Provisional. ¿Quién era este tristemente célebre personaje, precursor del fascismo "alla Argentina", por cuya audacia pasó a formar parte de los anales de la infamia? ¿Quién era esta caricatura cimarrona y vernácula de Musolini? ¿Era, acaso uno de aquellos "hombres providenciales" los que por poseer la clarividencia necesaria para pensar, interpretar y decir aquello que está armoniosamente de acuerdo con las circunstancias de espacio y tiempo, son los arquetipos de su clase, pueblo, o de las masas? ¡No! Uriburu era apenas un militar sin cabeza, que se movía entre los comunes tópicos de la jerga militar, y cuyas "doctrinas" no iban más allá de los conocimientos impartidos a estudiantes de la primaria: Dios, Patria, Hogar, Disciplina, Orden, Jerarquías. Originario de Salta, provincia casi inviolada por el desarrollo del capitalismo pampeano, pertenecía a una de las familias de la aristocracia local, para quienes los peones y las "collas" eran simplemente "cosas", que podían ser usadas sólo para impulsar el trabajo en las haciendas, o para hacer las tareas domésticas. Este militar, ascendió en la jerarquía gracias a su parentesco con el expresidente Evaristo Uriburu. Su lenguaje era pedante y jactancioso, y se dejaba aconsejar por los fascistas de *La Nueva República*, por Leopoldo Lugones, y por su parentela salteña, a quien, una vez en el poder, otorgó jugosos puestos en la burocracia estatal. Era partidario de un golpe de estado sin participación de los civiles, de la reforma de la Constitución para incluir un cuerpo de representantes de los intereses corporativos, y de la anulación del voto secreto, que sería sustituido por el voto calificado. Entre los militares que apoyaban a Uriburu están figuras que después volverían a figurar en las listas de militares golpistas y anti-democráticos de Argentina, como el teniente coronel Alzogaray, Bautista Molina, Juan D. Perón, Pedro P. Ramírez, Humberto Sosa Molina, etcétera. como también lo expresara el entonces coronel P. P. Ramírez, luego del golpe:

No es nuestro propósito fundamental derribar a un gobierno despótico e incapaz; esa sola acción no llevaría a nada práctico; lo necesario, lo fundamental, es cambiar el sistema; debemos evitar la repetición del actual caos gubernativo y suprimir en lo posible el profesionalismo político; la Ley Sáenz Peña, con ser excelente, parece no ser la que mejor se adapte a una población que contiene el 40% de analfabetos. El sistema parlamentario actual no es el más adecuado al progreso e intereses de las fuerzas vivas de la Nación.³¹

Líneas golpistas parecen también haber aflorado al interior mismo de las fuerzas supuestamente leales al gobierno. El presidente Yrigoyen estaba gravemente enfermo, circunstancia que introdujo el problema de la

³¹ Citado en Ortiz, *Ibid.*, p. 35.

sucesión dentro del partido, acostumbrado, como estaba, a ser orientado por las directivas "personalísimas" de su singular caudillo. Como aves de rapiña, los supuestos "defensores" de la democracia, revoloteaban sobre su cuerpo ya descompuesto. Una de ellas, la encabezaba el ministro del Interior Elpidio González, y se proponía apersonarse al presidente enfermo y exigirle la renuncia. La otra, encabezada por el vicepresidente, pensaba en llegar a un acuerdo con el general cabecilla del golpe para, ingenuamente, pararlo. Esta división, en el interior del oficialismo, desmoralizó a los oficiales constitucionalistas impidiendo rápidas medidas de defensa del putrefacto régimen radical, cuya corrupción aparece explícitamente sugerida en el texto de la renuncia de su propio ministro de Guerra, el general Dellepiane, días antes de producirse el golpe. El carácter minoritario de los golpistas parece, no obstante, haber tenido más éxito debido a la increíble audacia del sector fascista que atacaba a un radicalismo debilitado por la división interna, que por su fuerza efectiva.

En efecto, los golpistas, cuentan solamente con el apoyo del Colegio Militar, o mejor dicho del de su director, el general Reynolds, y de los cadetes; pero no con el de la mayoría de la oficialidad superior que, desconcertada, es tomada prisionera. Aeronáutica se pliega al golpe sólo parcialmente (la base Palomar). Campo de Mayo, la guarnición más importante, no se pliega, y los civiles "que van a golpear las puertas de los cuarteles" para apurar el golpe, son tomados prisioneros. El Regimiento 8º de Caballería de Liniers, no se pliega al golpe y su jefe parece orientado hacia una solución institucional.³² La Marina declara en sus manifiestos que "no reprimiría al pueblo", ni apoyaría ninguna salida dictatorial, sino "el estricto cumplimiento constitucional".

En general, lo que se observa a partir del estudio del material historiográfico de la época, y de la publicación de las partes y radiogramas militares, es la *escasa disposición de buen número de oficiales superiores a plegarse a soluciones de fuerza*. Los activistas golpistas son militares de menor graduación (mayores y capitanes), quienes, seguramente debido a la crisis, tenían problemas económicos. Esto puede deducirse del hecho de que una de las primeras medidas del gobierno "revolucionario" fue el facilitar formas de pagos de deudas de los oficiales, mediante préstamos de la Tesorería del Ejército.³³ Pero, aun en este caso, el apoyo de la joven oficialidad *no adquiere el carácter masivo* que se observa en los casos de Alemania e Italia de los 20. En perspectiva histórica, se podría inferir de que no obstante sus "defectos" y ambigüedades, el radicalismo todavía representaba los intereses políticos de gran parte de la pequeña burguesía, y que por ser la mayoría de la oficialidad de las fuerzas armadas argentinas de esta extracción (con las especificidades que hemos descrito en los países dependientes), no había razones conclusivas para que ésta considerase al gobierno una experiencia política agotada. Para el grueso de la

³² Orona, *Ibid.*, p. 71.

³³ Orona discute esto en sus últimos capítulos.

pequeña burguesía, entonces, y para la mayoría de la clase dirigente que tenía las posibilidades reales de constituir un gobierno no radical sin internarse en la experimentación del fascismo, de consecuencias imprevisibles, el sector uriburista-fascista no podía ser sino lo que fue: un sector minoritario que había tenido la audacia de escamotear el poder a la fracción de la burguesía terrateniente, ligada al capital extranjero, de la clase dirigente tradicional.

A la dictadura de Uriburu no le quedaban más que dos opciones. Una, profundizarla llevándola hacia el fascismo, tal como era el proyecto inicial del grupo, opción que tenía sus limitaciones, pues el capital nacional y extranjero planteaban exigencias inaplazables para "remediar" la crisis que consistía, necesariamente, en aumentar la explotación de las capas medias y de la clase obrera, con impuestos, rebajas de salarios, concesiones a empresas extranjeras, etcétera, mediante la imposición de un Estado autoritario. Estas políticas impedirían el atraerse, siquiera parcialmente, a esas capas, cuyo apoyo necesita cualquier régimen político, aun dictatorial. Pero puesto que, como vimos las capas medias que *apoyaron* el golpe no se movieron por objetivos fascistas sino "democráticos" y las que *no lo apoyaron* se articulaban con el radicalismo, como se verá, los sectores fascistas carecían, pues, de la masa de maniobra indispensable para asegurar la concreción de su proyecto, condenado estructuralmente al más rotundo fracaso.

La otra opción, que a la larga se impuso, planeaba dejar el dominio de la escena política a los sectores y partidos representantes de la burguesía agropecuaria "invernadora", más ligada al capital transnacional, misma que se aglutinaba en la fracción antipersonalista desprendida del tronco de la Unión Cívica Radical, y en el Partido Conservador, sorteando los riesgos de las sacudidas sociales que provocaría un experimento fascista, mediante el retorno a las prácticas "tradicionales" y anteriores a la ley Sáenz Peña, de escamoteo de la voluntad popular mediante lo que se dio en llamar el "fraude (electoral) patriótico", variante muy conocida por los astutos conservadores, que negaría la posibilidad de triunfos seguros del radicalismo.³⁴

³⁴ Parece carente de originalidad distinguir entre quienes materializan un golpe militar, o una verdadera revolución, y quienes, desde la trastienda, usufructuarán de él. El golpe del seis de septiembre de 1930, como otros que se hicieron con posterioridad en Argentina, fue capitaneado por los "fascistas" y contaron con el apoyo de los conservadores y antipersonalistas. Pero quienes pagaron el costo social y político de esta aventura, fueron, en primer término, los trabajadores y las capas medias, y en segundo término, la fracción "criadora" de la burguesía terrateniente que apoyaba al radicalismo. Esto se deduce del acuerdo alcanzado en Otawa entre Argentina y Gran Bretaña en 1932, en virtud del cual, la fracción "invernadora", reproducida en el poder como oligarquía, aceptó como cifras de importación parte de Inglaterra, las alcanzadas en 1927, donde la mayor reducción corresponde al congelado (frozen), reservando intactas las referentes al enfriado (chilled), que exportaban los invernadores. En cuanto al carácter extemporáneo o prematuro del fascismo y su carencia de viabilidad en 1930, se muestra también en los resultados de las elecciones del 5 de abril de 1931 en la provincia de Bue-

V. LA ILUSIÓN DEMOCRÁTICA

El desplazamiento de las minorías con vocación fascista de los resortes claves del poder con la caída del general Uriburu, luego del fracaso electoral del 5 de abril de 1931 que dio el triunfo a los radicales (elecciones que son anuladas), no implicó, de manera alguna, el retorno a una democracia de participación plena, sino a una vergonzante caricatura conocida como la "Década Infame". Los activistas de la extrema derecha continuaron influyendo dentro del Ejército, y aun ocupando cargos de importancia, mientras el poder central quedó en manos del general Agustín P. Justo, luego de una elección, quizás la más amañada y fraudulenta que recuerde la historiografía argentina.

La convergencia de la crisis económica con la crisis política nacional y el clima ideológico adverso a la democracia en el plano internacional luego de 1930, contribuyeron a reforzar el descreimiento en la democracia y a la instauración de un Estado autoritario, toda vez que Argentina avanzara en su desarrollo industrial y con éste se afianzara el peso político y social de la clase obrera.

En efecto, el deterioro de los términos del intercambio y la reestructuración del mercado mundial que siguió a la crisis del 30, pusieron en tela de juicio el modelo de división internacional del trabajo y el papel de la renta agraria como motor del crecimiento económico. El carácter "dependiente" de la economía argentina se convirtió en objeto de teorización por parte de importantes sectores de la *intelligentsia*. La ruptura del viejo esquema llevó a antagonismos entre la burguesía terrateniente y los frigoríficos extranjeros debido a que, Inglaterra, principal mercado de las carnes argentinas, prefería comprar a sus propias colonias. Esto coadyuvó a que importantes sectores de la *intelligentsia*, de extracción pequeño

nos Aires, la más importante del país. En éstas, las primeras luego de instalada la dictadura militar, y a pesar del estado de sitio, ley marcial, intervención a los sindicatos, y otras modalidades que a partir de entonces adoptaron los milites argentinos, triunfan los radicales de manera tan abrumadora, que obliga a la renuncia del ministro del Interior doctor Marcelo Sánchez Sorondo, seguido de la anulación de las elecciones y la proscripción de la Unión Cívica Radical... "porque el pueblo no estaba preparado para gobernarse". Estas elecciones tuvieron la cualidad de fortalecer el proyecto político de la coalición "demo-liberal", integrada por los antipersonalistas, conservadores, la Gran Prensa, la fracción de los militares que apoyaban al general Agustín P. Justo y los socialistas independientes, misma que abogaba por una democracia restringida. Esta coalición gobernará al país hasta el 4 de junio de 1943, fecha en que un nuevo golpe militar de clara orientación fascista abre el camino para el triunfo de Juan Perón en 1945. Sin esa miserable farsa de democracia que rigió los destinos del país durante diez años, no se podría comprender el cinismo político que despertó en las masas, y que, sin duda, contribuyó a que éstas vieran en Perón una esperanza. Con sospechosa carencia de memoria histórica, los "liberales" argentinos suelen imputar todas las tragedias que últimamente ha vivido la sociedad argentina, tan sólo al peronismo.

burguesa, comenzaran a elaborar ideologías nacionalistas que entendían que cualquier solución progresista de la crisis no podía ser compatible con la existencia de una “democracia liberal”, que luego del golpe de 1930, y su nombre, proscribía la participación electoral de la Unión Cívica Radical —el partido de la mayoría— mediante el “fraude patriótico”, a la par que propiciaba la penetración imperialista.

El éxito logrado por la rápida industrialización “desde el Estado” por Alemania, Italia y Japón, hizo que estos sectores vieran la posibilidad, y necesidad, de impulsar un crecimiento industrial basado en la expropiación de una parte del excedente económico acumulado por la burguesía terrateniente. Existía también la conciencia de la debilidad estructural de la burguesía industrial nacional, y que la acumulación sólo podría concretarse mediante una intervención activa del Estado en el proceso. Esta filosofía debía, parcialmente, su inspiración a intelectuales nacionalistas que habían apoyado el proyecto fascista de Uriburu, pero también contaba con el apoyo de intelectuales de la Unión Cívica Radical, particularmente el grupo FORJA, y oficiales pro-alemanes del Estado Mayor del Ejército.

Sin embargo, luego del golpe de 1930, sólo la burguesía terrateniente, ligada al capital transnacional, controlaba los resortes del Estado. La crisis económica internacional obligó a este grupo a impulsar medidas intervencionistas en aparente contradicción con el liberalismo económico que propugnaba como ideología. La oligarquía terrateniente estimuló el desarrollo del sector de la industria liviana ligada al mercado interno principalmente para sostener, mediante su expansión, la demanda de bienes de origen rural contraída por la depresión. Después de la crisis de 1930 se había hecho forzoso que una gran variedad de bienes, que antes se pagaban con las exportaciones agropecuarias, tuviesen que ser producidos en el país. Esta estrategia de industrialización debía estar supeditada al sector agropecuario, que continuaría siendo el motor del crecimiento global de la nación. Comenzaría por la sustitución de bienes finales para lo cual, sin embargo, era necesaria la importación de bienes intermedios, mismos que, a su vez, deberían ser pagados con las exportaciones tradicionales. Esta estrategia determinó:

³⁵ Una tentativa para reorganizar el sistema político argentino de acuerdo a un régimen político democrático *nacional*, que fracasó, fue la formulada por el gobierno del general Alejandro A. Lanusse, que en 1972 propuso un nuevo compromiso institucional (El Gran Acuerdo Nacional) entre los depositarios de la fuerza y el movimiento obrero (peronismo); es decir, los dos polos principales de la contradicción. El autor ha tenido oportunidad de oír epítetos inalicables dirigidos contra este oficial por parte de militares que tuvieron activa participación en el golpe de marzo de 1976, quien, inclusive sufrió prisión. Sería objeto de un interesante análisis responder al siguiente interrogante: ¿Hubiera ocurrido lo que ocurrió después de 1974, si Perón y sus seguidores, hubiesen pactado la reorganización del sistema político sobre los principios mínimos sustentados en el Gran Acuerdo Nacional? Con seguridad, el desarrollo político argentino nos hubiese deparado una versión distinta del régimen actualmente vigente en Argentina.

a] Una propensión a la importación de bienes intermedios mayor que antes, que debían ser costeados con la exportación de bienes de origen rural, cuyos precios estaban deprimiéndose en el mercado internacional.

b] Una gran dependencia del emergente sector industrial de la burguesía terrateniente, que se convirtió en el elemento clave de la acumulación capitalista en la industria.

c] El crecimiento de un mercado interno y de una clase obrera que nutría sus filas con una alta proporción de migrantes provenientes del interior del país, con bajo grado de politización y afiliación sindical.

El nuevo modelo de acumulación iniciado en 1930 y superimpuesto al anteriormente vigente (rasgo distintivo), encuentra un posterior impulso con la segunda guerra mundial. Sin embargo, la oligarquía terrateniente en el poder jamás deja de pensar en el carácter excepcional y periférico de la industrialización de Argentina, misma que debía ser librada a su suerte, toda vez que al término del conflicto bélico se reestructurara al antiguo orden económico internacional. Este proyecto conflictuaba, drásticamente, con los intereses de la burguesía industrial "nacional" en ascenso, los trabajadores industriales, la pequeña burguesía nacionalista y jóvenes oficiales del Ejército admiradores del Tercer Reich. Esta coalición llevará al triunfo al coronel Juan D. Perón en las elecciones de 1945.

El peronismo, como expresión ideológica, se planteó como una alternativa de desarrollo capitalista *nacional* frente al capital monopólico extranjero, principalmente de origen norteamericano, y como un movimiento de "defensa nacional" frente al control de las organizaciones obreras en manos de los socialistas y de los comunistas. No obstante su retórica anticapitalista y antioligárquica, y su grotesco terrorismo verbal, el peronismo no puso en duda el papel crucial desempeñado por la burguesía terrateniente en el proceso de acumulación en la industria, en lo que atañe a la generación de divisas para la importación de insumos y la producción de alimentos para la creciente población industrial urbana. Su incapacidad para resolver esta contradicción fue precisamente lo que llevó a este movimiento de masas a su derrota en 1955. Su estudio excedería el propósito de este libro. Sin embargo, recuperaremos algunos elementos que se han presentado de manera reiterada, a partir de 1930, y que parecen estar en la base de las crisis políticas que desde entonces sufre la República Argentina.

En efecto, el modelo de acumulación antes esbozado encuentra sus límites de desarrollo en la expansión del sector agropecuario. Toda tendencia hacia una caída en los precios de los productos (agropecuarios) de exportación (o en sus volúmenes), se traduce automáticamente en una crisis en la balanza de pagos. Los estrangulamientos en el sector externo, a su vez, tienen dos consecuencias político-sociales que afectan primordialmente a las capas medias y a la clase obrera urbana: la recesión o desempleo y/o la inflación. Por lo que atañe a la clase obrera, crecientemente urbana, letrada y fuertemente sindicalizada desde 1945, su respuesta a estas políti-

cas es la automática movilización para recuperar su posición perdida en la distribución del ingreso social. Esto no ocurre, por razones obvias, con las capas medias, débilmente sindicalizadas. Sin embargo, éstas pueden hacerse oír en instituciones que, aunque no la representan en organizaciones corporativas formales, agrupan una gran mayoría de sus miembros, como es el cuerpo de oficiales de las fuerzas armadas. Pero por su misma definición institucional, éstas no deben intervenir en política a menos que violen los preceptos constitucionales que están obligadas a obedecer. El golpe militar aparece entonces como la opción salvadora para defender los intereses de estas capas sociales no articuladas, mismas que estrechando filas con las clases altas, buscan destruir la reacción potencial o efectiva de las organizaciones obreras mediante la implantación de un Estado autoritario que ponga a aquéllas "en su lugar". Esta situación pendular, de democracias inestables y dictaduras militares, ha sido una constante del sistema político argentino durante los últimos cincuenta años.³⁶

VI. IMPLICACIONES TEÓRICAS DEL CASO ANALIZADO PARA EL ESTUDIO DEL FASCISMO

Sobre el conocimiento aportado por el estudio de caso del desarrollo capitalista argentino, se podrían formular hipótesis sobre el tipo de regímenes políticos más probables de concretarse en aquel tipo de países con un desarrollo similar a éste. Se trata de países que emergen al capitalismo cuando el capitalismo mundial ya ha avanzado en su fase monopólica y cumple en aquéllos un papel importante como agente de "desarrollo". En los modelos fascista "clásico" y democrático-burgués "clásico", se puede observar que poseen en común el hecho de tratarse de procesos de acumulación *autoinducidos*. En la ruta democrático-burguesa "clásica", la acumulación industrial la efectiviza una clase burguesa autónoma (sin apoyo del Estado en sus pasos iniciales, cuando menos), que inicialmente se constituye en clase hegemónica en la sociedad civil, precedida por una desarticulación capitalista intensa de las relaciones precapitalistas en el campo. La ruta fascista "clásica", supone la persistencia de formas productivas y tipos de organización tradicionales, y el inicio de la acumulación en la industria, manteniendo esas formas, y orientando la revolución industrial "desde el Estado". En la variante fascista "clásica", la burguesía no transita desde la hegemonía en la sociedad civil hacia la hegemonía en

³⁶ El primer autor que utilizó el concepto de "fascismo colonial" fue Helio Jaguaribe, en "Stabilité sociale par le colonial fascisme", *Les Temps Modernes*, octubre (1967), Nº 257, pp. 602-623. Un excelente libro, que utiliza criterios similares, es el de Jorge A. Tapia Valdés, *El terrorismo de Estado*, México, Nueva Imagen, 1980, p. 247.

el Estado, pues las clases altas tradicionales continúan controlándolo, aun después de iniciada la acumulación industrial, llegando incluso a estimularla para manejar sus consecuencias sociales. Este modelo adquiere una definición más nítida en etapas intermedias o avanzadas del proceso de acumulación, como resultado de la fuerte movilización “desde abajo” por parte de la clase obrera, que amenazaba por igual la posición estructural de las capas medias y de las capas dominantes. En tal contexto, la instauración del fascismo aparece *siempre* como respuesta a la amenaza “comunista” y, por supuesto, posee un claro contenido anti-obrero.

Sin embargo, la *peculiaridad* de países como Argentina es que, a diferencia del modelo democrático burgués “clásico” y del fascista “clásico”, *no son capaces de elaborar estrategias de acumulación propias y, por consiguiente, se transforman en objeto de apropiación “colonial” de otras sociedades que evolucionaron “primero” hacia el capitalismo, situado ya en su fase monopolítica.* Por consiguiente, son incapaces, también, de constituir democracias liberales estables y fascismos “clásicos”.

Para analizar esta nueva “variante”, es necesario que introduzcamos los conceptos de “dependencia externa” y “fascismo colonial”, por los que aludo al tipo de “motor” que propule el proceso de desarrollo o modernización capitalistas, y el régimen político que se considera como el más instrumental para asegurar la viabilidad del mencionado modelo. En primer término, trataré de explicitar las condiciones estructurales “de base” y la coyuntura propicia que posibilitarían que la preferencia de ciertas élites por la aplicación del modelo tenga visos de concreción. Ellas son:

Primero, la sociedad ha experimentado un grado relativo de desarrollo capitalista, pero la principal fuerza modernizante proviene de un sector exportador que sirve a las necesidades de la demanda, externamente inducida.

Segundo, la “industrialización” ha alcanzado un nivel “intermedio” de desarrollo, *v.gr.* medida por el porcentaje de la PEA ocupada en actividades no agrícolas, comparada con el de los países capitalistas avanzados. Sin embargo, esta industrialización, en sus sectores más dinámicos, es la resultante del fenómeno de penetración de empresas multinacionales, con su aplicación de procesos y tecnologías productivas provenientes de países capitalistas avanzados.

Tercero, como consecuencia de lo anterior, existe un gran desnivel en el desarrollo nacional, entre sectores, ramas y regiones económicas, producto de la coexistencia, en el espacio y en el tiempo, de modos y formas de producción altamente heterogéneos.

Cuarto, una agricultura o minería orientadas hacia el mercado externo condicionan el proceso de “acumulación” industrial en lo interno, vía excedentes exportables (conflicto entre necesidades del mercado interno *vs.* mercado externo), vía la obtención de divisas para asegurar la continuidad de la importación de insumos industriales (conflicto consumo *vs.* acumulación), etcétera.

Quinto, estos factores, que configuran *grosso modo* el cuadro de la "dependencia externa", se extienden también al Estado, quien recibe influjos externos vía créditos, apertura o cierre de mercados, realización de obras públicas, inversiones directas, (conflicto entre repatriación de la tasa de ganancia *vs.* acumulación interna, conflicto entre repatriación de capital *vs.* empleo interno), etcétera.

Analicemos ahora los elementos de la coyuntura que precipitan el desenlace "lógico" del fascismo colonial:

Primero, los "cuellos de botella" generados en el sector exportador, vía reducción de la capacidad de importación de insumos para la industria, etcétera, fuerzan a la burocracia central a implementar políticas inflacionarias, mismas que intensifican la lucha de clases y fracciones, que encuentran su materialización en las luchas por la distribución del ingreso nacional o sectorial.

Segundo, en estas luchas, las capas menos articuladas a nivel de la defensa de sus intereses resultan las principales víctimas, notablemente las capas medias. Estas asisten a una pérdida acelerada de su *status* e ingresos, particularmente si la clase obrera está fuertemente sindicalizada y movilizada.

En tal contexto, la necesidad del control de los aparatos del Estado se ve exacerbada, las posibilidades de mantenimiento de la democracia se volatilizan, aumentando, en cambio, las de concreción del *fascismo colonial*. El *objetivo de fondo* del fascismo colonial, es igual que en el caso del fascismo clásico: busca la supresión de la crisis a que lleva la intensificación de la lucha de clases mediante la desmovilización de la clase obrera. La coalición que materializa este proyecto está integrada por las clases altas terratenientes o mineras, vinculadas al sector exportador, mas el capital extranjero, comercial, industrial y financiero, mas la intervención activa de un sector importante del *establishment* que opera como sustituto *funcional* del partido fascista: el Ejército.

Las clases altas integran esta coalición reaccionaria porque ven amenazadas su posición estructural, pero dejan el control integral del Estado al "partido de las Fuerzas Armadas". Esto último es del interés de las capas medias, cuya composición, a nivel del cuerpo de oficiales, es predominante. A cambio de ello, las primeras mantienen la propiedad y el control de los sectores claves de la economía y, de esta manera, contribuyen a la "pacífica" acumulación de capital. El *objetivo de fondo* del fascismo colonial es, como dijimos, la eliminación de la resistencia de los trabajadores para asegurar, mediante un proyecto *típicamente de partido político fascista*, la máxima "liberalización" de la economía que asegure altas tasas de ganancia a las clases dominantes. El modelo es *fascista*, porque se trata de un proyecto deliberado de promoción del desarrollo capitalista dependiente, sin cambio alguno en el orden social existente, *v.gr.* no afecta para nada los intereses de los grupos tradicionales. Y es *colonial* porque su programa va *en contra de la individualidad nacional* (a pesar de su retórica patrio-

tera), dado que busca, mediante la complementariedad de la "colonia" con su(s) "metrópolis", el "desarrollo" capitalista del país.⁸⁷ Esta última característica constituye una diferencia substantiva con el modelo fascista "clásico" que, contrariamente, tiende a la promoción de la individualidad nacional.

En síntesis, el fascismo colonial busca la preservación del *statu quo*, mediante un reforzamiento substancial del Estado, vía su total militarización, y el aumento, hasta sus límites, de su capacidad coactiva. Al mismo tiempo, el Estado fascista colonial busca la total liberalización de la actividad económica para facilitar el juego del principal socio de la coalición: el capital monopólico. Si interviene en la esfera económica, no lo hace en calidad de productor, como en el modelo fascista "clásico", sino como gendarme del "correcto" funcionamiento de los mecanismos de acumulación en un sistema caracterizado por el predominio del capital concentrado. Por tanto, deja a la "iniciativa privada" el control y la dirección integral de la economía.⁸⁸ Su objetivo es la imposición del "liberalismo" económico por métodos autoritarios.

En resumen, la existencia de organizaciones de masas y de amplias movilizaciones en apoyo del Estado fascista, con base en las capas medias y elementos del *lumpen*, no parece ser un elemento constitutivo necesario para la consumación del Estado fascista en su versión "colonial", toda vez que éste puede igualmente constituirse como tal, mediante el apoyo del "partido de las Fuerzas Armadas" y, eventualmente, el de otras instituciones corporativas *ad hoc*, o fracciones de las capas medias (*v. gr.* tecnócratas, profesionistas, etcétera) que, por su extracción de clase, pueden llegar a desempeñar las funciones de dirección política que se observa en el Estado fascista más ortodoxo.

⁸⁷ *Ibidem.*, p. 610.